

**Quequén, la culebra dinosaurica  
y otros relatos patagónicos**





Universidad Nacional del Comahue

# **Quequén, la culebra dinosaurica y otros relatos patagónicos**

**educó**

Editorial de la Universidad Nacional del Comahue  
Neuquén – 2011

# Quequén, La culebra dinosaurica y otros relatos patagónicos

Ricardo Fonseca

Fonseca, Ricardo

Quequén, la culebra dinosaurica : y otros relatos patagónicos . - 1a ed. - Neuquén : EDUCO - Universidad Nacional del Comahue, 2011. 154 p. ; 23x16 cm.

ISBN 978-987-604-246-8

1. Narrativa Argentina. 2. Relatos. I. Título.  
CDD A863

## **Educo**

Director: Luis Alberto Narbona

Departamento de diseño y producción: Enzo Dante Canale

Departamento de comunicación y comercialización: Mauricio  
Carlos Bertuzzi

Corrección: Liliana Falcone

Tapa: Emiliano Fonseca

Impreso en Argentina - Printed in Argentina

©- 2011 – **educo** - Editorial de la Universidad Nacional del  
Comahue

Buenos Aires 1400 – (8300) Neuquén – Argentina

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio,  
sin el permiso expreso de **educo**.



# **CUENTOS Y RELATOS**



## EL MATAMOSCAS

Si hay alguien en este pueblo que ha vivido puteando contra las moscas, ése soy yo: Gumersindo Ardolinos. Y no se crean que por mi oficio de barrendero solamente. El asunto viene de más atrás: de cuando tenía unos dos o tres años y, a falta de pan, comía mi propia caca.

Ya de pibe, a cualquier hora se me daba por perseguir al mosquerío; tal vez por aburrimiento, o para descansar de tanta piedra y viento inútil bajando de las bardas. Además no tenía con quién jugar, salvo el Batalla, que no me dejaba ni a sol ni a sombra; y hasta dormíamos juntos en el suelo, soñando los mismos sueños. A lo mejor también era por hambre. Vivíamos pidiendo pan a cada rato, yo casi llorando y él con la mirada. Y mi mamá siempre con lo mismo: ya no hay más ¡¿Qué se piensan que el pan lo cagan las moscas?! Y me mandaba detrás de la casa, cerca del excusado, donde las moscas se arremolinaban y se me venían a la cara; y algunas me las tragaba nomás, cosquillando se me pasaban de largo hasta la panza. A veces me daban diarreas y las cagaba enteritas.

Sea por lo que sea, ya desde entonces con la ayuda del Batalla, me juré darles lucha hasta en la flaca sopa. Casi a diario lo desafiaba. Se va la última

le decía y el que gana, gana. Y las moscas como que también se habían aprendido mi estribillo: de pronto desaparecían, se perdían entre las jarillas o se pegaban al color de las piedras. Y los ojos se nos hacían pocos para descubrirlas y atrapar las moscas de la ganancia. Solía andar con los bolsillos llenos de mosquerío y cuando el hambre me jodía mucho, me mandaba un puñadito compartido con el Batalla.

Éramos carne y uña. Recuerdo como si fuera hoy, la mañana que el “Coco” Cide vino a avisarme que se había ahorcado en un guache de cazar liebres. Podés ir pidiendo ayuda a los sapos -me dijo- porque a tu perro si no lo enterrás ya mismo, se lo van a devorar las mismas moscas que vos matas. Quedé mudo, sin alma. Y ni supe cuándo llegué a su lado, llorando; le saqué el guache; lo alcé en brazos y rumbié hacia el canal, donde estuve horas abrazado a su muerte. Al fin, arrojándolo al agua, fui cubriéndolo de pastito hasta que desapareció canal abajo.

Y más que nunca me propuse seguir con mi empeño de ralea a las moscas, de sacarme sus fastidios de encima. Afiné mis habilidades, agudicé mis sentidos. Las oía caminar hasta en el agua y les caía como un rayo, ahogándolas sin miramiento. Pero donde las atrapaba a puñado limpio era cuando se amontonaban en los sapos muertos, que colgaba en una cuerda de hilo sisal, a la altura de mi miraba. Ahí me hacía la fiesta; llenaba dos o tres botellas litreras. Y, una vez secas, se las tiraba a las gallinas.

Mi enojo contra las moscas se me fue volviendo algo así como una pelea contra mi propia oscuridad, digamos. Porque otra cosa que siempre me pareció que sobraba por todas partes era la noche: no terminaba nunca de pasar. Sobre todo en invierno, cuando me acostaba con la panza llena de hambre, y soñaba que las moscas se devoraban al Batalla; o me seguían como avispas comiéndose mi sombra. Como si estuvieran, donde estuvieran; volvieran nomás para fastidiarme.

Con los primeros calores, llegaban en bandadas; alegres, como riéndose de uno; como si fueran más inmortales. Sólo por contrariarlas, me hacía el friolento. Y para que se me quitaran los chuchos, mi madre me hacía agarrar una escoba de pichana “para que barriera hasta la puta que las parió”.

Y de pura rabia, yo me seguía barriendo hasta las alamedas, donde para mí comenzaba el paraíso. Tal vez porque mi madre siempre me andaba recordando que donde vivíamos, al pie de las bardas, “era peor que el infierno”.

Pero la verdad que no me quejo. Más bien soy un agradecido de este oficio. Y es lindo madrugar. Salir a la calle con los trastos, dele barre y barre, escuchando el canto de los pájaros y el trajinar del pueblerío. Claro, antes, lo más que se levantaban eran soretes de perro y una que otra cagada de gato. Pero hoy, hasta los gorriones parece que cagan en celofán. Y si uno escarba un poquito, hasta las sandalias de San Pedro aparecen entre la

basura, enredadas entre cassettes y plásticos regados por todos lados. Ya no hay dónde poner la vista: hasta dentro de uno hay basura, si se descuida.

Hace poco los mismos vecinos me entregaron un diploma: Al primer barrendero del pueblo que barría todo hasta las moscas -dice-. Y ahí lo tengo, colgadito y envidriado por si las moscas. Porque cada día parece que son más y más, como si las multiplicara el diablo, y ya ni el frío las hace recular, como antes, en el tiempo de las heladas grandes, cuando tiritábamos como chirrinches, y juntábamos calorcito hasta en los pensamientos.

Las plantas, los manzanos parecían bosques petrificados. Y el bicherío menor: arañas, cascarudos comemierdas, se quedaban parálíticos, pegados a la tierra. Solíamos andar con el cogote tieso; y a los más friolentos se les helaba hasta la mirada. Lo más curioso es que también parece que se nos enfriaban las palabras ni bien se nos caían de la boca, se endurecían como moscas bajo el hielo. Y las primeras en enfriarse eran ésas que se dicen de los dientes para afuera. De modo que quien más quien menos, todos hacíamos nuestros grandes esfuerzos para sacar el habla de lo más hondo posible. Y algunos llegaban a cagarse queriendo pronunciar hasta con las tripas, tal vez, por miedo a quedarse mudos. Y a mí se me daba por inventar cuentos con moscas más bien imaginarias.

## EL MONSTRUO

Lo he contado algunas veces, pero no le han dado mucho crédito, y tampoco se lo dieron ellos -el papá y la mamá- aquel anochecer del sucedido. Zonceras tuyas nomás; tonteras que se te meten, me contestaban; y seguían charlando de sus cosas. Pero si al menos ellos me hubieran hecho caso, ese monstruo ya no seguiría perturbándome, irrumpiendo en mis sueños como una vinchucaza.

El tiempo ha borrado algunos de sus rasgos aunque todavía suele mirarme con sus ojos candentes, metidos en una cara achatada como un plato. Su silbido agudo y lastimante aún me recuerda los vendavales de invierno, cuando vivíamos al pie de las bardas; y yo creía que después de las alamedas ya no había más mundo. Por ese entonces tendría unos cinco años y el papá y la mamá se iban a las chacras y me dejaban todas las tardes solo cuidando a dos hermanitos menores.

Los vientos no sólo corrían sino que también lloraban, gemían detrás de uno. Y me acuerdo, bien me acuerdo, que el silbido del monstruo me empezó a llegar envuelto en las ráfagas que bajaban por los cañadones empujando las sombras de la tarde vaya saber a dónde. Al principio no le hice caso, pues pensé que podía ser el “Coco” Cide que andaría

hondeando con sus perros. Pero luego dele y dele ese mismo chiflido, cada vez más cercano y alargado como las sombras. Me fue entrando miedo. Tranqué la puerta y avivé las pocas brasas del rescoldo: eso creo que hice antes de acurrucarme al lado de mis hermanos, diciéndoles con la voz más animosa posible que ellos pronto llegarían, que ya deben venir cruzando el canal trayendo galletas y manzanas. También trataba de hacerles algunas travesuras que apenas si despertaban sus sonrisas. Eso creo que hacía a pesar del miedo pegado a mis espaldas, penetrándome con cada silbido amenazante.

No recuerdo en qué momento rumbié hacia el cañadón, pero tengo bien presente cuando lo vi, mirándome a la cara con sus ojos de chivo entre las jarillas, hasta que por fin se dio vuelta huyendo como un gato. También yo volví despavorido, pues ni supe como estuve metido en el rancho, con el corazón hecho un sapo, y conteniendo el llanto en la garganta para que mis hermanos no se largaran a llorar conmigo.

Menos mal que poco después llegaron ellos. Pero venían medio enojados, preguntándome por qué había dejado apagar el fuego y no ves que estos chichillos deben tener frío y han de estar pasados de hambre. Yo no respondía; seguía detrás de ellos para haber si me salían las palabras y contarles que en el cañadón había visto un bicho que chiflaba y chiflaba y que andaba vestido como un croto porque

-ahora recuerdo- estaba medio cubierto con trapos deshilachados.

Por algún tiempo hasta me hizo pensar que podría haber sido una oveja disfrazada por el “Coco” Cide. Pero ese silbido que parecía salir de sus ojos, a eso no le encuentro explicación; pues si hubiera sido un pájaro, vaya y pase. Pero no, tenía –estoy seguro- cuatro patas y era como un cuzco grande, choco y con cabeza de plato achatado.

La macana es que no recuerdo mucho más de esa noche, pero seguramente no habré podido dormir, porque al otro día la mamá me preguntó que qué me pasaba, que por ahí pegaba de gritos como si estabas lleno de pesadillas. Y estuve a punto de hablarle de ese bicho, pero -supongo- que me dio un no sé cómo, y seguí callado comiendo ñaco cerca del fuego. Y creo que desde entonces se me dio la costumbre de no contar a nadie de lo que me pasaba y de lo que no me pasaba, porque tampoco le conté a nadie lo que me ocurrió otra tarde cuando me picó una lechuza. Fue cuando tendría unos seis años, y la mamá me mandó a un mandado al rancho de mi abuelita que vivía a unos quinientos metros más para el lado del camino grande.

Entre uno y otro rancho, yo sabía que arriba, en los chenques, había cuevas de lechuzas peleoneras. Cada vez que tenía que andar por ese sendero al pie de las bardas, presentía que de un momento a otro iban a bajar las lechuzas a rasguñarme. Ese día, tembloroso, le dije a la mamá que no quería ir

porque le tenía medio a los lechuzas; que me podían picar. Qué te van a salir a picar a esa hora -me contestó- si la lechuzas salen por la noche y el sol todavía está bien alto; andá donde te mando y ya deja de rezongar, chichillo de diantre -me dijo-.

A la ida, recuerdo, no dejé de mirar hacia las bardas, pero por más que miraba y miraba, no pude ver a ninguna lechuza; y hasta pensé que ya se habían ido a otra parte. Porque hay tiempo que las lechuzas se van quién sabe adónde. Aunque el “Coco” Cide decía que son bichos del diablo y que el mismo diablo se las comía cuando nevaba mucho y ya no había más nada para comer.

Era como en octubre -me parece- porque todavía hacía calor a esa hora de la tarde. Aunque igual el puro miedo me acompañó hasta el rancho de mi abuela. Y también recuerdo que ni quise sentarme para poder volverme cuanto antes. Así que le di el mandado a mi abuelita y me regresé casi corriendo, con el miedo agrandado, siempre mirando hacia las bardas. Pero a lo mejor miraba y no veía, porque justo en el momento de más miedo, sentí el chasquido y los rasguños de una lechuza sobre mi cabeza que se me había venido por atrás, enterrándome las uñas y sacándome sangre de los pelos.

El mismo miedo me hizo recordar el susto con el monstruo, porque el “Coco” Cide también había contado que los monstruos pueden aparecer como les dé la gana, pues se meten tanto dentro de un

perro como de un pájaro; y, a veces hasta dentro de un coto.

Después del lechuzazo, creo que estuve cuatro o cinco días sin hablar una palabra. De eso me acuerdo bien, porque escuchaba que el papá le decía a la mamá que qué le pasa a ese chichillo que parece que le han comido la lengua los chimangos.

Yo no sé, pero con el tiempo parece que todo se vuelve como un cuento nada más. Y tal vez por eso muchos crean que uno miente. Y ahora también recuerdo como en un cuento el día en que el viejo Laurín bajó de las bardas y si quedó como tres o cuatro meses con nosotros. Tenía los ojos llenos de hambre. No se llenaba nunca y hasta a los chirrinches se los comía vivos. Cada vez que se le antojaba, teníamos que salir a cazarle algunos pájaros: gallinitas del campo como él decía. Y no voy a olvidarme nunca, cuando por primera vez yo había logrado cazar un jilguerito vivo y sin saber aún que el viejo se comía los pájaros como vengan, se los mostré con las alitas extendidas y de un tarascón me lo arrebató y se lo tragó como un perro hambriento.

Y así como llegó, desapareció tras las bardas -según el "Coco" Cide- para engrosar una tropilla de cotos. El mismo "Coco" decía haberlo visto carneando caballos en lo hondo de los cañadones donde no llegaban ni los más arrejonados milicos. En ese tiempo también se decía que los cotos solían arrear manadas de guanacos. Y se contaba que los guanacos escupían a más de cien metros

con viento a favor cuando se paraban al borde de las bardas, mirando hacia el valle. Y si no, basta con acordarse con lo que le pasó al indio Llanquino un atardecer que volvía borracho y medio dormido por el caminito de siempre. Dicen que su caballo se anduvo resbalando en los escupitajos de los guanacos, dando por tierra con Llanquino que terminó escupido a más no poder. Y, como al poco tiempo el pobre Llanquino apareció con eczemas en la piel, el “Coco” Cide aseguraba que esa enfermedad se debía a las escupidas de los guanacos, pero no de cualquier guanaco, sino de los guanacos alzados.

Pero el viento no es solo el amigo de los guanacos, sino que también es el verdadero formador y deformador de todo lo que existe. Y de esto el que más sabía –según en ciertas noches nos contaba el papá- era un tal Pedro Urdemales quién decía que el viento no sólo había creado todo, sino que también hacía y deshacía a las plantas y a los animales: liebres, zorros, ñandúces, y hasta las piedras y las bardas eran obra de su voluntad. Cualquiera día nomás pueden fijarse lo que hace con las nubes, arriándolas de un lado para otro, decía el papá, para que vean que no les miento.

Pero volviendo al asunto de monstruo, yo quisiera que me creyeran de una vez por todas. Si no, me seguirá jodiendo y jodiendo por el resto de mis días. Todavía, a veces se me suele aparecer en los sueños en la forma de una vinchucota que apenas si cabe en mi puño que nunca, pese a mi

desesperación puedo abrir para que se vuele.  
Siempre, siempre en las pesadillas termina  
cagándose entre mis dedos y chiflando como el  
monstruo.

## PEREIRITA

Pereirita sueña recurrentemente que se transforma en un árbol inquieto, insólito, hablador. Pero en lugar de flores siente que le brotan palabras boludas, redondas, relucientes; con cierto olor a frutilla. Según los sueños, cambia de figuración: abedul, sauce eléctrico, árbol de judea, peralito. Una noche de diciembre soñó que se trocaba en un árbol de navidad: que se llenaba de campanitas resonando en toda la tierra.

Este Miguel va ser un Greenpeace -solía decir su madre- mientras el niño extendía sus sueños jugando al jardinero dentro y fuera de la casa. Ni tres años tendría cuando su mamá lo sorprendió, en el fondo del patio enterrando a Rocío, una perrita recién nacida, para que brotara y saliera parecida a un jazmín.

Voy a irme lejos, lejos, “a la mata pacarilla” -solía decirle a los personajes que el mismo creaba-, mientras iba de un lado para otro con sus juguetes de labranza. Total me voy y me vuelvo con el Pachu, porque, como se dice, los perros no se pierden. Y un atardecer de junio se fue nomás tras un chirrinche que apenas si volaba de frío. En su afán de atraparlo, poco a poco se fue alejando de la casa, subiendo por el faldeo de las bardas. Cuando quiso

volver el sol se había ido y la noche empezó a igualarse con las zampas y las jarrillas.

Nadie podía creerlo, cuando recién a la madrugada se lo encontró tirado y aún con vida, con el Pachu en su pecho gimiendo, a unos setecientos metros barda adentro. Pero ni las caricias llorosas de su madre, ni el abrazo de todos pudieron sacarle una palabra del sucedido. Y eso del chirrinche también es pura suposición, apenas sustentada en las oídas de otros chicos que le habrían escuchado decir: “ese chirrinchito parece que anda muriendo”. Así que la reconstrucción del hecho es pura imaginación, ya que nunca sabremos cómo Pereirita -que en ese entonces tenía cuatro años- se las ingenió para renacer del frío, de los cinco grados bajo cero. “Había caminado y caminado hasta más no poder” fue la suposición más creíble.

Por mucho tiempo ese lugar al pie de las bardas fue conocido como el lugar del “niño perdido”. Hoy es un picadero, donde el estruendo de las motos ha espantado hasta a los últimos chirrinches. Y del hecho en sí sólo me quedan los gritos de: ¡Miguelito, Miguelito! Tragados por la oscuridad.

A dos años de haber terminado con la secundaria a Pereirita, la abrupta realidad lo ha doblegado a ser un policía sin vocación. Sus sueños o sus frustradas aspiraciones, a veces, ascienden a pesadillas donde tira a matar a todo el mundo. En una de las últimas, despertó dejando un tendal de Ángeles de Charlie heridos, muertos por inútiles:

porque habían sido vencidos por las llamas de un incendio declarado en los bosques de la Patagonia austral. Ascendido a Rambo, Pereirita había llegado lanzando rayos, balazos, agua, polvo y maldiciones; provocando daños colaterales en la flora y en la fauna, más nefastos que los del propio incendio. Pesadillas de esta índole le siguen en la vigilia, se le pegan al cuerpo, o se le ponen delante para que él las empuje cuesta arriba, como un carro de basura en la oscuridad. Una de las maneras de sacudirse ese fastidio es -en su tiempo libre- agarrar su bici de carrera y salir a la ruta, tomándola, como un camino al infinito. A medida que avanza, la misma velocidad le hace desplegar una suerte de liberación mental, donde la imaginación hace bien de las suyas. Y los piqueteros se vierten en comparsas alegres, bullangueras, que colman los puentes para celebrar ritos fertilizadores. Los autos, ovnis, levantan vuelo atraídos por un cacho de luna labrantía. Y los álamos lo consideran uno más de los suyos y le baten palmas a su paso.

Eso de entrar en la policía fue, al principio, algo para ir zafando. Pero ahora, Pereirita desde la cabina del Banco siente que no sólo él es una especie de preso suelto, sino que todos son presos que se repiten en cadena: empleados, jefes, gerentes que seguirán siendo empleados, jefes, gerentes por el resto del día y de sus días, por más que se vayan a pescar, que se pongan en pijama, o que hagan de padre o madre, por si acaso.

## **PORQUE LOS PERROS NO SON VERDES**

Porque según el Pedro Purrán -un linyera que quería a sus perros más que a sí mismo-, al principio, cuando abundaba la oscuridad, a medida que iban naciendo los animales, el hacedor del mundo los iba pintando del color de la noche. Por eso todavía hay tantos perros y gatos negros. Pero después se fue cansando del color oscuro y comenzó a usar el gris, ya que la tierra era más bien gris en ese entonces. Por eso existen y abundan también los perros, los osos y los zorros grises.

Y de tarde en tarde, aprovechando esas horas en el que el sol se va ocultando sobre las bardas, pintó muchos perros de color bayo, que es una mezcla de marrón con amarillo. Y en las noches de luna clara pintaba perros, caballos, chivos, vacas, osos, elefantes de blanco. Aunque estos últimos fueron cambiando su color de piel hasta parecerse al color del barro.

—¿Y cómo haría para pintar a los dálmatas? -le pregunté para pincharlo-

—¡A los dálmatas!, al boleo nomás le tiraba retazos de noche y girones de luna llena y quedaban así, más o menos salpicados de negro con fondo blanco.

Y como no dejaban de nacer los animales, un buen día se le dio por echar mano al verde de los árboles. Pero enseguida se arrepintió porque todavía le faltaba crear selvas, bosques y más pastizales. Y en caso que me sobre -se dijo el hacedor del mundo- usaré un poco de verde para pintar sapos, loros y otros seres menores.

—Y a los dinosaurios ¿de qué color los habrá pintado? -le pregunté insidioso-

—Y yo qué sé, si nadie ha visto un dinosaurio vivo. Pero para mí que a esos bichos los pintó el diablo -me contestó como persignándose-.

—¿Y entonces?

—Y entonces qué, huevón. Acaso no sabís que a mis perros por eso a veces los pinto color de esperanza.

## LA REGALADA

Para algunos es pura fantasía; para otros una mezcla rara de vaca, cola, patas y orejas de caballo. También se dice que es una vaca-guanaco, o un guanaco-vaca, según se la mire de atrás o de adelante.

Mentiras, puras mentiras. Hablan por hablar nomás; -dice Charcu-, uno de los pocos baqueanos de la zona. Ni en sueño la han visto y andan inventando puras sandeces. La regalada es vaca, vaca hasta en las tetas -agrega-, defendiendo su ubicuidad, pastando barda adentro, cerca del Auca Mahuida.

Por empezar es más bien dalmata, blanca; llena de pintas negras donde uno puede figurarse lo que le dé la gana: pájaros, árboles, avestruces; mosquerío. Hasta violines en los días de viento. La vieran de cerca, grandota, como dos vacas al mismo tiempo. Descuernada; a tal vez tenga los cuernos para adentro, vaya a saberse. Hay días de tanta claridad, que la Regalada parece un afiche, pegada en el fondo del cielo.

Para mí que no es otra que la vaca que se les perdió a los Carreño, unos años atrás, cuando arriaban animales desde el Rincón. Es de ésas que por aquí llaman las sin dueño, las regaladas. Y que

en noche de tormenta, encandiladas, suelen atravesarse en medio del camino.

–Milagro que no la hayan cuereado los cazadores furtivos -dije- por decir algo.

–Milagro, milagro hasta por ahí nomás. La Regalada es de éstas que olfatea el peligro hasta una legua a la redonda. Y mucho antes que se acerque cualquier cuatrero, desaparece plenamente. Como si se fuera a salir del otro lado del mundo. Allá por la India, donde las vacas son sagradas por demás según dicen, -me replicó don Charcuy que algo sabe de carnear caballos.

## EL PERRO QUE SE TRAGÓ EL CUENTO

Era y sigue siendo un cuento de pulgas por encargo. Brevísimo. Para que cumpliera su propósito, el cuentista intentó dejarlo en el buzón de la casa de una maestra amiga para -tal lo acordado- ésta, a su vez, se lo leyera a sus alumnos. Pero apenas introdujo el rollo de hojas A4 en la boca del buzón, del otro lado del portón, un perro, alteradísimo, (la maestra no se encontraba), de un tarascón se lo arrebató y se lo tragó casi sin masticarlo. Tanto así que el cuento logró llegar casi ileso a la pansa del bulldog. En ese imprevisto ambiente, las pulgas, entre fastidiosas y asustadas, comenzaron a hacerle tal lío que hasta el mismo relato cambio de rumbo y de temperatura. Porque en principio era una simple fábula donde las pulgas hacían un recorrido por las afueras de cualquier perro callejero. Y el tema central tenía que ver más que nada con el cómo se distribuían y se apegaban geográficamente por el mapa perruno, pues según el cuentista estos afanípteros también han desarrollado un alto sentido de pertenecía al lugar del animal elegido. Están, por ejemplo, las que prefieren las orejas; otras lo glúteos, el lomo, la cola, etc. Pero estar en sus adentros, salvo muertas, jamás les había sucedido.

“Malo, malo eres” la canción venía de una radio de una casa vecina, pero el Pachencho –que así se

llamaba el perro- la escuchó como si viniera de sus entrañas.

¡Guau!, qué está pasando con mis tripas -se preguntó-. E, inquieto se fue a echar sobre un montón de arena fresca. Allí, unos primeros dolores le hicieron poner los pelos de punta. Pues las pulgas, ya irritadas, comenzaron a pellizcarle las costillas y a tirarle certeros mordisqueos al hígado.

¡Auc!, le salió ahora, como un hipo de dolor inmenso que le obligó a pararse y buscar el agua que le ofrecía un jarrón arrinconado en el fondo del patio.

“Tonto, tonto eres” -sintió que le gritaban muy de adentro-, mientras los púlgueos picotones le sacaban lágrimas hasta el lloro. A todo esto, por invención del cuentista, cada pulga o cada familia de las mismas llevaban como sello distintivo el nombre de una letra de nuestro abecedario. En un momento dado, a la pulga A se le antojaba ir hasta la otra punta (por la parte de afuera en la primera versión del cuento) para ofrecerle ayuda a la pulga W, caída en desgracia, con las patas para arriba. Y he aquí que en el camino se le interponía la pulga R; y el encontronazo producía un ¡AR! Tan desagradable y desafinado, que hacía temblar la armadura del cuento como un avión en medio de la turbulencia. Tal terrorismo interno provocaba calambres en las achuras del Pachencho que lo hacía aullar de cabo a rabo. Dolores que le llegaban hasta la punta de las uñas, cada vez que la pulga V corría velocísima, en

sentido contrario, a increpar a la pulga B por el parecido de su voz que le hacía perder identidad. ¡Imagínense entonces los resortijones del Pachecho!

Aunque tal vez le pasó lo que le pasó, más que nada por glotón y egoísta. Pues también se supo que, últimamente, ni siquiera compartía sus ladridos con sus congéneres. Pero nadie a simple vista sabe diferenciar a las pulgas de los pulgos. Más, algunos consideran que éstos últimos ni siquiera existen. Es decir que carecen de masculino. Dejando de lado lo gramático o dramático del asunto, las pulgas, esta vez, se unieron solidariamente para ver cómo o de qué manera salían de adentro de este perrazo. Porque, al fin, sólo estaban de pasada en un cuento de morondanga que, de no ser por su protagonismo, quién sabe si alguien lo iba a leer. Pues, con pulgas protagonistas es muy difícil, si no imposible, de encontrar dos fábulas creíbles. Por suerte, la curiosidad a veces pica más que las propias pulgas. Máxime, cuando entre ellas las hay tan angurrientas y murciélagas que no se conforman sólo con sobrevivir en el reino canino. Y andan saltando detrás de las vacas, de los caballos o de cualquier otro bicho succulento; como para tener más bancos de sangre disponibles.

Pero ahora se trataba de conseguir la libertad carcomida. Y agarrar cuanto antes al perro por las astas. Es decir, por las orejas. Aunque algunas, ultras, azuzaban aquello de “muerto el perro...”. Y, otras preferían salir del sótano aunque más no fuera vestidas de vaquitas de San Antonio.

Por fin, logrado el consenso, con sólo dos votos en contra (los de las pulgas T y D) y una abstención (los de las pulgas H), se acordó exigirle al Pachencho que, si en cuarenta y ocho horas no eran liberadas -ya sea por uno u otro lado- se le irían a los sesos y le agujerearían la cabeza como un colador. Pachencho rápidamente captó el mensaje. Y, ante tal ultimátum, no le quedó más que negociar y, a duras penas, consiguió setenta y dos horas corridas para cumplir con la demanda.

A casi un año de este suceso, algunos vecinos todavía comentan que vieron a Pachencho, medio escondido detrás de un árbol de la plaza Güemes, como queriendo hacer sus necesidades a la fuerza, dele y dele destornudar por ambos lados. Otros afirman haberlo visto despidiendo ya por una, ya por otra vía, rollitos de hojas reducidas, cada quince minutos más o menos. Y si aún el cuento sobrevive es porque el mismo Pachencho se encargó de llevar los rollitos de hojas a su casa, donde la maestra comenzó a desinfectarlos; y las pulgas a salir una adentro de otra como muñecas rusas. Mientras el tragonero se iba a veterinear con los ropes de al lado.

## GATOS CON LUNA

*Los gatos que miran a los pájaros  
tienen ojos que piensan.  
Francis Picabia*

Maúllan, aúllan, gruñen, bufan, rujen. Siendo creaturas únicas, pareciera que son una versión reducida y cruzada con otras especies felinescas. Ya sufrieron una primera extinción cuando porfiadamente permanecieron impertérritos en la copa de los árboles y a Noé le fue imposible salvarlos del diluvio universal; de manera que de sus siete vidas habría que descontarles una.

Pasada la tempestad, los ratones no dejaron de multiplicarse y de comerse todo lo recién renacido. El propio Noé amaneció más de una vez con las orejas roídas por el hambre ratonil. Fastidiado, encomendó a un casalito de lechuzas flacuchentas para que los ralearan. Pero era tan rápida su reproducción que no se pudo con ellos. Noé acudió entonces a la voracidad de las víboras y toda su parentela pero tampoco pudieron cumplir con tal encomienda. El barquero, vidente insuperable, no se dio por vencido y, previendo que si no ponía freno a la multiplicación de estos come todo, nadie iba a soñar con hacer libros ni crear bibliotecas, y convenció al mago de turno para que le resolviera tan inquietante situación.

Hay que hacer algo para que vuelvan a existir los gatos -le dijo-. Y el mago con un atrevido pase de magia, hizo nacer de las narices de un leónido copias bastante fieles de *Felis catus* originales. Desde entonces, ni para los más eminentes gatófilos ha sido posible diferenciar cuánto de real y cuánto de imaginario o fantástico hay en la composición de un gato. Tanto así que, a veces, los gatos imaginarios son más verídicos que los gatos callejeros. Y quizás fueron los de esa calaña los que, noches pasadas, casi nos sacan los ojos a María y a mí que nunca tuvimos un gato real en nuestra casa.

Pero, suponiendo que ya por disposición natural, ya por adosamiento de actitudes humanas, cualquier animal tiene lo suyo filosófico, los gatos ¿dónde cuadrarían? ¿En qué vertiente embarcarlos? ¿Qué metafísica aplicarles para dibujar su verdadero identikit? Criaturas sagradas en el antiguo Egipto ¿no fueron los primeros cínicos, antecediendo a los canes griegos? Además, pareciera que se saben imprescindibles, inmortales; que sin ellos no hay mundo posible. A todas luces se ve que desprecian la redondez del chancho y su embarrante epicureísmo. Tampoco soportan demasiado el existencialismo de los pérridos: seres caídos corriendo hacia la muerte. De los loros ni hablar: odian a los simples repetidores y, mucho más a los plumas de ganso.

Lo cierto es que nunca tuvimos gatos en casa. Pero como venía diciendo: una noche el calor reinante nos empujó a tirarnos afuera de nuestra

recamara. La ocurrencia y el deseo crecieron, cuando por la ventana vimos la luna llena diciéndonos: que hacen en bola ahí adentro; yo salgo para verlos y ustedes se esconden como Adán y Eva...

Al toque, agarramos el colchón uno de cada punta; llegando a la puerta, miramos de un lado para otro y lo tiramos como si fuera una alfombra mágica sobre las baldosas de la vereda. Serían las doce de la noche más o menos.

¿Y si todavía pasa gente o si pasa el camión de la basura? -pregunté- nos tapamos y ya -dijo María divertida- cubriéndose con la sábana que traía arrollada al cuello.

Los dos sentíamos que no era más que un juego que iba a durar sólo unos minutos y luego regresaríamos a intramuros. Pero la *moon* nos encantó y, de repente, nos devolvió algo de la naturaleza perdida. Tal vez los gatos, también, estaban esperando algo así. Porque si no ¿cómo? ¿Tan pronto iban a conformar una tribu salvaje? ¿Tan rápido iban a afinar su sistema de alarma? ¿En tan poco tiempo su aullido iba a hacerse coral? Pero en ese momento nos burlamos de su telepatía. A lo mejor están queriendo hacer lo mismo que queremos hacer nosotros -nos dijimos-, cuando un *miau* rebotó en otro *miau* lejos, distante, ascendente. ¿Y si te saltan al trasero? -agregó María burlona-, mirando hacia los árboles. ¿Y si me ayudan a lamerte toda? -contesté preguntado-. ¿Y si nos

comen todos nuestro ratones? -repuso María acaballándose amazónicamente sobre mí-.

De los árboles próximos llegó otro maullido transparente. Ese gato debe estar pasado de hambre -comenté-. ¿Hambre de qué? -murmuró María irónica-. Hambre de más hambre -le respondí rasguñándole las caderas-. Otro maullido se oyó de más lejos. ¿Y ése qué? Es de una gatita perdida -le aseguré *soto voce*-. Vaya, todo un gatófilo, mi lobo -dijo Alicia mordisqueándome el cuello-.

*Miau-miau-miau*. ¿Y ahora? Es un triángulo de amor gatuno -contesté-, haciendo una mimesis de director de orquesta, valiéndome de un pedazo de palo de escoba que estaba ahí, tirado al alcance de mi mano. Déjalo cerca por si los michi-michi se nos tiran encima en medio del concierto -dijo María risueña-. Todavía estamos a tiempo de volver a la cucha -le repliqué- ensayando un ladrido inesperado provocando en María una risotada estrepitosa. Con ese perro, ni los gatos imaginarios se animarían a arruinarnos la fiesta -murmuró- bajando por mi cuello. ¡Oh, mi Beethoven!; que este claro de luna no se acabe nunca -balbució entusiasmada-.

¡Urrh-urrrrh-urrrrhhh! Oímos en plana desbordación, segundos antes que una bandada de felinos con ojos de lechuzas, se lanzara hacia nosotros, desde los árboles más cercanos, aullando, danzando como lobos. Y mientras nos cubríamos debajo del colchón, sentíamos cómo desgarraban

este sueño tan real como una bruma de felinos  
agrestes.

## MICRO INFORME/NIFE

Nadie conoce, nadie ha visto a los Artéridos; pero existen. Sólo cerrando los ojos, pueden apreciarse algunas de sus apariencias en esas manchitas multicolores, matizadas de tonos terciarios, según el estado físico y/o anímico de los ojos, sometidos a la velocidad de la luz.

Se crea o no, los Artéridos –latentes- están en todas partes. Son los seres más ubicuos de los mundos posibles: imaginables e imaginables. Más aun, los últimos intentos por descifrar su verdadera identidad especulan que hasta la propia nada estaría hecha de cierta sustancia artérida: fusión y fisión de la materia con la antimateria; de lo posible con lo imposible.

También –según las últimas teorías- serían los únicos entes realmente inmortales, sospechándose que dios o los dioses, en la última instancia, podrían ser conformaciones fabulosas de miniátomos de arteroides, dispuestos en dimensión moscarina. En otras palabras: todo: lo visible y lo invisible, no sería más que una pura respiración artérida.

Claro que jamás se les ocurriría a los Artéridos presentarse como son en sí mismo, y una de las remotísimas posibilidades de indagar algo sobre su posible identikit, estaría en interpretar los sueños del

*homo erectus*: al menos, desde el hombre de Java, pasando por el *homo patagonicus* hasta llegar al primer sueño del último niño nacido en París o en Nueva Delhi. Además, habrían tantos tipos de Artéridos que sería imposible prever una taxonomía convincente, que durara más de un instante; porque los Artéridos eolicoideos -por ejemplo- vivirían en permanente mutación, y quizás, sean los que dieron origen a todo: lo que es y lo que no es. Es decir que son y no son, ¿serán?

A los Artéridos representantes del vacío cósmico -se supone-, habría que imaginárselos más introvertidos, pero con una contundencia tal, capaz de sostener los sistemas planetarios más densos y pesados habidos y por haber/sido.

Pero dentro de todo, viven donde les da la gana: en el aire, en las nubes, en los rayos ultravioletas, en el vuelo de las mariposas, en los prefijos griegos, en la materia fecal de los adolescentes, en el fantasma de los televisores, en el barritar del rinoceronte en, en, en, en, en, en la enésima potencia, y hasta en el hipo de los canguros guachos.

Este informe, es una versión filtrada, y quizás apócrifa de una de las familias artéridas, residentes en el corazón de la tierra, en el centro de su centro; en su nife/nife -(núcleo de la tierra de unos 5.000 Kms. de radio y de densidad superior a 7: Larousse, 1983) -. Más allá o más acá del bien y del mal, los niferianos se han multiplicado indefinidamente: hecho que se produce apenas se ponen en contacto

dos o más artéridos erotizantes. Virtualmente se podría vaticinar que los niferianos son más bien escandalosos, politiquitas, hímnicos, hipercríticos; y de un amor propio fuera de todo cuento. Se aman. Se requieren tanto, que en ello fundan su dignidad y eternidad. Y ¡guay! que un piropo se lance así porque sí, que hay nomás vuelve arder Troya. Si se pudieran registrar sus vibraciones más íntimas, en cualquier curva, en cualquier onda magnética, tal vez, se escucharía la siguiente salutación:

Artérido: ADIOS MI FLOR DEL DIA.

Artérida: FLOR NO, CEBOLLA.

Artérido: ADIOS, CEBOLLA MIA.

Artérida: CEBOLLA NO, ZAPALLO.

Y así, pueden pasarse semanas y semanas trovando sobre este *ars amandi* que para ellos tendrían una importancia mayús/cula, o un interés mayús/culo. Y cuando no se logra un acuerdo, entre dos, ambos, juntos convocan de inmediato a una asamblea popular sobre el asunto para debatir y dirimir quién de los dos filfa mejor, o hace el ganso. Se ha llegado inclusive a huelgas de sexos caídos, pero por un tiempo que no pasa de segundos - medidos a escala geológica-, toda vez que por A o A' no se ha obtenido un amplio consenso y un total esclarecimiento sobre estas disputas de amor quemante.

Otra de las conversaciones artéridas -de las cuales solo se tiene una débil sospecha – es su inquieta costumbre de viajar, de visitarse. Antes que cante un gallo, los Artéridos de Saturno – por caso – ya están en Niferia; danzando o participando en mesas redondas; pues, otro punto de conjetura es su posible cosmogonía aníllica; ellos mismos serían de una redondez bólida: pies, manos, boca, nariz, sexo, etc. se corresponderían concéntricamente como la ondas acuáticas, producidas por una lluvia cayendo sobre el recuerdo de otra lluvia. Además, siempre hablarían en rueda, no afirmativa o enunciativamente, sino en tono de pregunta. Sobre todo cuando se trata de encuentros interestatales.

Un posible diálogo, si se lo pudiera captar, entre niferianos y saturnienses, hipotéticamente podría ser:

N: ¿QUÉ TAL?

S: ¿QUÉ TAL QUÉ?

N: ¿QUÉ DE QUÉ?

S: ¿QUÉ? ¿DÉ?

N: ¿QUÉ DÉ?

S: ¿DÉ QUÉ QUÉ?

Y así *ad infinitum*. Ahora bien, si la discusión fuera meramente gestual, habría que imaginarse una serie infinita de puntos suspensivos en espiral, con intervalos o fugas musicales de comas, de puntos

suspensivos y paralelos, en cualquier parte del universo. Ubicamos totales se dijo ¿no?; pruebas al acto. Tosés, no lo niegues. Te pica la nariz. Te molesta la luz, vas a los mediqueros. Y sales recetado hasta para curar la ausencia de más Dios. Pero vuelves a toser, y a maldecir oblicuamente, sin saber que la causa real de tus fastidios es provocada por un tipo *sui generis* de Artéridos que se cagan de risa en tus propias narices, por un chiste o una broma en clave que – simultáneamente – se cruzan los Artéridos de la constelación Andrómeda (a unos dos millones de años luz) con los Artéridos residentes a escasas pulgadas de región anal.

Pero un caso más patético todavía suele darse cuando te duele en diagonal el corazón o cualquier otro órgano que te falle sin casual final. Eso, puede ser síntoma de que los Artéridos cuánticos están de orgía galopante en algún lugar del ovo marino. Y hasta que ya no te desalmas, no dejarían de retozar los forajidos.

Fuente: ultrasonido en LA MENOR captado por el cometa Haley, y recaptado en FA por mi perro Vamvaster, a los treinta días de mes de junio de mil novecientos ochenta y algo.

## QUEQUEN: LA CULEBRA DINOSAURICA

Con las inundaciones y las lluvias diluvianas que asolaran a la Patagonia a principio del tres mil trece, en las aguas de una antigua laguna suburbana que, a causa de las mismas se había extendido hasta unirse con el río –inundando una gran barriada- apareció una criatura jamás vista sobre la tierra.

–¡¡Es una dinosáurica, es una dinosáurica, una culebra!! exclamaron unos chicos que en la madrugada de un domingo, deambulaban por el lugar. Y la vieron, por unos instantes, asomar la cabeza sobre las aguas amorrionadas. ¡Hay una dinosáurica, una dinosáurica, una culebra!, -repetían- mientras se dispersaban sobre el barrio recién amanecido. Y aun incrédulos, los más madrugadores acudieron a la laguna para ver qué de cierto había en esa alarmante fabulación.

-¡De verdad, de verdad!-repetían los avisadores-. ¡Su cabeza es como la de tres o cuatro caballos juntos! Y señalaban el medio de la laguna, cuyas orillas se fueron poblando de curiosos, quienes, a medida que pasaban los minutos, comenzaron a sentirse estafados. Pues, pasó una hora, pasaron dos y la tranquilidad de las aguas, sólo era perturbada por el nadar y el parpar de los patos mañaneros. ¡Bolazos, puros bolazos de estos

drogas! -maldecían algunos y comenzaban a retirarse-.

De pronto, se levantaron olas de hasta dos metros que obligaron a los poco curiosos a disparar de las orillas para no ser alcanzados por el olaje.

—¡Es una ballenato... es un lobo marino... es el Nahuelito escapado del Huapi... es un tiburón... es una culebrilla regigante! -se refutaban azorados-habiendo sólo percibido fugazmente al saurio entre las olas.

Desde ese momento, la televisión alcanzó su más alto nivel de histeria y bla-blaismo al no poder pasar imágenes concretas -del monstruo con cabeza de caballo”: título de uno de los canales en su afán de acaparar exclusividad. Sin embargo, -antes que shockeada por la extravagante noticia-, la gente la siguió, con inusitado asombro, pero más que nada con la inquietud por ver y por saber (en vivo y en directo) qué podría ocurrir si verdaderamente se trataba de una criatura completamente desconocida. Tal curiosidad hizo que las rutas de la región colapsaran y que los pasajes aéreos y terrestres se agotaran en menos de dos horas. Al mediodía la laguna -de unos tres mil metros de largo por mil de ancho- estaba rodeada de una conmocionada multitud y por un verdadero enjambre de reporteros gráficos. La rápida y espontánea movilización impidió todo tipo de control oficial para detenerla. En medio del trajín -ambulancias, bomberos y altavoces alertando y prohibiendo adentrarse en las aguas-,

médicos y paramédicos atendían a los que se desmayaban, ya por el calor veraniego, ya por la angustia ante lo inusitado.

Mientras, las horas pasaban con una lentitud desesperante, el sol se colaba por entre las alamedas y, a la extraña visita parecía que se habían tragado las aguas o estaba jugando a las escondidas con la impaciencia humana.

—Seguro que tanto bullicio terminó por espantarla y ya se habrá escapado río abajo, -argüían algunos-. Tal vez haya muerto por las aguas contaminadas, -opinaban otros-. Y los más culpaban a los medios masivos por dar crédito a la confabulación de unos locos.

Como desairando estos comentarios, el extraño espécimen zigzagueó entre las aguas, provocando un ¡Oooohhh! coral como la avenida de un imprevisto tsunami, cuyo oleaje a los que estaban en la orilla los inundó hasta la cintura.

Pasada la desazón y apagados los últimos murmullos, un pesado silencio se apoderó del anochecer, cayendo como una inmensa pregunta sin respuesta. Y sólo una solidaridad cómplice hacía que la gente permaneciera en el lugar. Recién, sobre el filo de la media noche, mediante un comunicado oficial -“para preservar la seguridad de todo”- se dispuso despejar las inmediaciones más allá de los mil metros a la redonda y cualquier novedad se haría saber inmediatamente a través Defensa Civil.

Al amanecer, ya se habían clausurado todos los accesos a la laguna. Dos helicópteros y una guardia especial, fuertemente pertrechada, la hacían inexpugnable. Mientras tanto, los titulares de los diarios eran un verdadero festival del imaginario popular: “Por fin un dinosaurio todo vivo”. “Caballo de mar regigantesco”. “Una criatura de otro mundo”. “Colosal culebra extraterrestre”, etc., monopolizaron las tapas, acompañadas con fotos sobre la multitud acosada por las olas. La turbiedad de las aguas había negado la posibilidad de captar imágenes convincentes del extraño saurópodo. De modo que para una parte de la población este insólito acontecimiento no era más que una operación mediática vaya a saberse con qué espúrea finalidad. Más todavía cuando en los primeros noticieros de la mañana una versión oficial daba cuenta que no había nuevas novedades que comunicar; que las aguas de la laguna San Lorenzo estaban tranquilas y que, tal vez, el incómodo visitante ya no permanecía bajo las mismas. “Hipótesis que se tratará de confirmar a la mayor brevedad posible”. Sin embargo, pasó ese lunes, pasó el martes y las noticias oficiales no cambiaban de tenor: esto y ocultar información es más o menos lo mismo denunciaba la prensa independiente y, aprovechando la incertidumbre colectiva, emprendió una campaña a nivel nacional e internacional para despejar cuanto antes la incógnita sobre esta insólita criatura y terminar de una vez por todas con la angustiante incertidumbre. Al fin, se logró convencer al Gobierno que arrojaran una o dos toneladas de

pescado para -si permanecía en la laguna- conocer, al menos, sus hábitos alimenticios. Pero al cabo de unas horas miles de peces muertos flotaban en las orillas produciendo un olor nauseabundo que el viento se encargó de aventar por todo el oeste de la ciudad.

Después de este fracaso, la sospecha que la culebra había desaparecido de las aguas cobraba cada vez más adeptos. Salvo que esté jugando a las escondidas con todos nosotros, o esté juntando fuego interior para salir a incendiar el mundo -comentó en una edición extra un vespertino regional-. Y volvió a tomar fuerza la idea -que no había sido comentada- que eso de las culebras no era más que un montaje hollywoodense para sacudir al mundo del hastío universal en que estaba cayendo.

A todo esto, una lluvia torrencial inauguró un nuevo amanecer. De pronto, los guardias más próximos a la laguna -cuando todavía no aclaraba del todo- vieron cómo una criatura jamás vista, no terminaba nunca de salir de las aguas y se deslizaba por el asfalto de una de las avenidas que daban a la misma. Estupefactos, apenas si balbucearon un: ¡Dios mío, Dios mío! Y, luego de un instante eterno, activaron sus equipos de radio para -en clave secreta- comunicar la insólita novedad que, como tal, no pudo sostenerse ni una hora.

Se informa a la población que el anfibio aparecido días atrás en la laguna San Lorenzo ha

salido a la superficie y, en estos momentos se está deslizando lentamente por una avenida en dirección al noroeste. Por precaución y por seguridad, se ruega permanecer en sus casas y por ningún motivo entorpecer las tareas de prevención que al efecto se están instrumentando.

Las imágenes aéreas tomadas por la televisión no podían ser más elocuentes. Un espécimen de ciento treinta metros de largo por unos veinticinco de grosor -lo más parecido a una culebra- atraía la atención mundial que, con una mezcla de estupor y hasta de simpatía, observaba su deslizamiento. El cine catástrofe, las conocidas réplicas de los dinosaurios seguramente favorecían esta clase de impresión. ¡Pobrecita, tan grande!, ni ella misma sabe dónde termina, dijo una comentarista de televisión, mientras se filmaba su azarosa travesía, interrumpida -de tanto en tanto- sólo para levantar la cabeza y detenerse a mirar a los alrededores y hacia arriba como si temiera algún ataque desde los helicópteros rondándole a doscientos metros de altura. Recién al mediodía logró atravesar los diez kilómetros de la zona urbanizada y, apurando su andar, se adentró en la meseta rumbo al lago más cercano, distante ochenta Kms, hundiéndose en el mismo cuando el sol caía sobre las bardas. Y otra vez lo inexplicable adquirió el tamaño de la noche. Cualquier apreciación, cualquier comentario eran un mero parecer, una simple creencia. Los especialistas en macroanfibios sólo se limitaban a discutir sobre las preguntas más elementales: ¿elegiría ese lago

como su hábitat?; ¿regresaría a la laguna a morir de inanición como a veces se suicidan las ballenas? ¿O saldría a buscar alimento fuera de las aguas?

Mientras ese tipo de interrogantes daba pie a interminables debates televisivos, de todas partes del mundo se solicitaban plazas para ver a la Dinosáurica, aunque nadie pudiera garantizar, por el momento, su avistaje. Sin embargo, con todas las reservas del caso, las agencias turísticas comenzaron a organizar contingentes en tandas quincenales. Uno de los requisitos era que los visitantes vinieran munidos de entretenimientos, deportes o actividades no acuáticas porque el acceso a las aguas permanecería vedado hasta tanto se tuvieran todas las garantías del comportamiento pacifista del animal. A un curso de estudiantes del secundario, -aprovechando el faldeo de un cerro que se sumergía en el lago-, se le ocurrió construir un gran mural que simulaba una puesta en escena de una asamblea juzgadora.

En el mismo, Quequén (Q-Q), como ellos la bautizaron, aparecía enrollada en una torre de Babel descendiendo de las alturas y posando su cabeza sobre una piedra basalto. En círculos concéntricos la rodeaba una representación de todos los seres vivos vertebrados: desde batracios a mamíferos. Los humanos, adánicos, y sin voz ni voto, ocupaban las gradas de la última circunferencia. Aquellos que desde tiempos inmemoriales se han creído los amos de la creación, ¿todavía merecen seguir viviendo como tal?, -preguntaba (Q-Q)- al resto de los

asistentes. ¡Nooo, nooo ni un día más!, -se respondía atronadoramente-. Sólo un joven elefante, levantándose sobre sus patas traseras, pidió que se les diera una última oportunidad y que -si en un tiempo equis- no cambiaban radicalmente, los esclavizaremos como ellos lo han hecho con nosotros. Si están de acuerdo con esta moción -agregaba (Q-Q)- que se la vote. Pero les recuerdo que sólo por unanimidad tanto el sí como el no serán irrevocables. Pues con un voto en contra y hasta con una abstención, habrá que proceder a otra forma de dilucidación. Por tanto, les pido que piensen con lucidez para que ningún sentimiento de culpa o de venganza los fastidie. Pero un carnero metió la pata y la unanimidad fracasó. Ahora el azar decidiría la suerte de los habladores. Si en dos de las tres monedas que caigan del cielo sale el rostro de la luna -anunció (Q-Q)- se les dará una nueva oportunidad. Si sale sol, perderán el habla, serán sus esclavos y trabajarán forzosamente hasta que la tierra reflorzca. Caída las monedas, la suerte les fue favorable y, abrazándose, prometieron hominizarse en el plazo que se les diera y aceptar el origen sagrado del mundo.

Terminada la obra y, cuando los estudiantes se disponían a abandonar el lago, la Dinosaúrica, que, durante dos meses no había dado señales de avistamiento, apareció flotando en el medio del mismo, casi frente al gran mural. Después, otra vez el misterio de su desaparición.

Pasaron los días, las semanas, los meses. Extraoficialmente, se la solía avistar en un mar de la China, en el océano Índico, en el Ártico, en los mares del sur, donde habría provocado el hundimiento de algunos barcos pesqueros. Y también se comentaba que habría muerto aplastada por el súbito derrumbamiento de un glaciar. En fin, su ausencia parecía que la hubiera dotado de más realidad, metiéndose hasta con los sueños o pesadillas de la gente, como si no se quisiera o no pudiera sacársela de encima. En uno de los tantos dibujos hechos por niños, (Q-Q) aparecía repartiendo manzanas por sus fauces. ¿Y por qué no se la busca también por el cielo?, -preguntaban- alumnos de una escuela donde se hizo una encuesta sobre su posible paradero.

Sin embargo, cuando toda esperanza de encontrarla se desvanecía, cuando los radares ya habían suspendido su búsqueda, cuando comenzaba a ser un personaje más de la literatura fantástica, con la puntualidad de las golondrinas, la Dinosáurica reapareció en la laguna, justo el año del día en que se la vio por primera vez. Pero ahora dando pesadas volteretas sobre las aguas, mostrando su panza y sus fauces color verde mar como prueba contundente que la base de su alimentación eran las algas marinas. Señal, además, que terminó por diluir todo temor por sus supuestos hábitos carnívoros. Más aún, cuando se comprobó que consumía gustosamente bolsadas y bolsadas de hojas de álamos, arrojadas desde un helicóptero. Su

regreso también produjo un notable mejoramiento en el medio ambiente. Se dejó de tirar basura a las aguas y en su ausencia, -(Q-Q) de tanto en tanto se escapaba a los lagos vecinos- se organizaban rastrillajes de limpieza de todo tipo de artefactos: desde chasis de autos hasta gigantografías de ídolos y políticos desahuciados.

Mientras, se siguieron tejiendo las más variadas y desvariadas conjeturas acerca de su origen. Para algunos, (Q-Q) era la reencarnación de Kay-kay, la célebre culebra mítica de los pueblos originarios que, desde siempre habitaba entre el cielo y la tierra sosteniendo el equilibrio cósmico de manera invisible. Pero ahora, al hacerse visible bien podría ser el signo de un inminente fin del mundo. Profecía que se cumpliría cuando (Q-Q) se reprodujera y se multiplicara por toda la tierra arrojando fuego por su cola y convirtiendo al planeta en una inmensa bola en llamarada. Una variante de esta versión daba cuenta que este espécimen era un ejemplar supértite del diluvio universal; su repentino y prodigioso desarrollo sería el resultado de una mutación de sus células madres provocando un salto genético hacia el gigantismo. Para otros (Q-Q) era un extraterrestre, depositado furtivamente por una flota de ovnis llegada desde alguna galaxia, donde los seres vivos alcanzan tamañas dimensiones. Y este saurio podría ser el primer adelantado de una serie impredecible de futuros visitantes que vendrían a colonizar la tierra. También se afirmaba que la Dinosáurica bien podría ser el indicio de una posible

vuelta al Jurásico, a la era de los dinosaurios; y no sólo la fauna sino también la flora se desarrollarían de un modo insospechado, debido, - entre otras causas - al calentamiento global.

Un perro, aun el más pequeño, alcanzaría el porte de un caballo. Y éste una altura hasta de treinta metros. Las gramillas se elevarían como sauces y los seres humanos tendrían una contextura tres o cuatro veces superior a los antiguos Tehuelches. Por supuesto que, ante esta nueva escala de crecimiento, también todo lo construido artificialmente se convertiría en un anacronismo y en un miniaturismo insoportables.

Sobre sus ruinas habría que redimensionar todo lo inventado: desde una cápsula contra el resfrío hasta las naves supersónicas. Pero, según algunos adherentes a esa teoría, también la tierra se agrandaría considerablemente a causa de una desbastadora reactivación volcánica, que, a su vez, agrandaría su núcleo y la extensión de los mares se compensaría, en parte, por los deshielos.

En fin, para los apocalípticos con la aparición de (Q-Q) ya se estaba a las puertas del juicio final. Para los eclécticos su presencia bien podría significar el fin de la lucha de todos contra todos que, en esos momentos había recobrado un auge inusitado. Las nuevas condiciones climáticas generarían una atmósfera lo suficientemente pródiga que, con sólo respirarla, satisfaría la necesidad de alimentación. Además todos los carnívoros poco a poco trocarían en vegetarianos y,

como la flora se reproduciría desaforadamente, no habría por qué temerle a las hambrunas.

A todo esto, la región adquirió un florecimiento inimaginable, constituyéndose en el sitio de mayor atracción mundial. Inclusive se creó un Centro de Altos Estudios Quequenianos, conformado por los más renombrados cerebros en macrofauna. Además está decir también que el marketing que se desarrolló a su alrededor fue explotado sin demasiados escrúpulos: desde profilácticos hasta escarbadiantes llevaban su marca registrada. De este Centro dependía, además, un Quequenmóvil, tipo tren con cinco vagones temáticos, que - entre otros asuntos -, tenía competencia exclusiva sobre el cuidado sanitario de la Dinosaurica que siguió ratificando sus hábitos alimenticios a través de diversos y rutinarios experimentos. A partir de su preferencia por las hojas de álamos (verdes) podía engullir todo tipo de verduras y lo cárnico una y otra vez lo rechazaba por más que se le pusieran "en bandeja".

Secundada por el Quenquenmóvil, desde un helicóptero o desde un rascacielo, la Dinosaurica zigzagueando por las avenidas de la ciudad, parecía un trecho de río amarronado, a cuyas orillas la gente se agolpaba como si fuera un desfile de carnaval.

Pero no a todos le parecía divertido. Pues la "Dino", abandonaba o regresaba a la laguna imprevistamente, una o dos veces al mes, provocando con cada salida o con cada llegada un caos fenomenal. Tanto así que para los más

intolerantes se había convertido en una insoportable “piquetera” más. Y reclamaban no sólo que se le impidiera salir o regresar, sino que, de una vez por todas, se la envenenara sobre las aguas. En cualquier momento -argumentaban- se larga a poner huevos y a ver qué hacen con un montón de esos bichos deambulando por la ciudad. Sin embargo, para la mayoría cada salida o llegada de (Q-Q) era como una fiesta. Los colegios, los jardines de infantes, etc. solicitaban turno con suficiente anticipación para, -según el vagón temático- dejar sus versiones o diversiones relacionadas sobre la Diablosa como, también, alguien la bautizó. En una de las salidas y en el vagón Arteculebra se exhibieron -entre otros- los siguientes textos:

Culebrita, culebrera, /culebrilla, culebraza, /la vida pone más huevos /de los que la muerte caza.

*Teru-Tero*

Las aves son todas aves/y las culebras, culebras.  
/Pero muy poco se sabe de ese bicho que  
(completar).

*San-Cudo*

Quequén, comete esa lagartija

*Rata-Cruel*

Culebrita, culebrona/culebra del buen agüero, /antes de inventarse el uno/ Ya estaba inventado el cero.

*Filos-Trata*

Quequén, elefante, /la noche por dentro/y el sol  
adelante.

*Avante*

¡Oh, Dios!, Quequén, tragate todos los oDios.

*Pez-Espada*

Los animales somos también algo más que carne y  
hueso.

*Sa-Cerdo-Tal*

A esta culebra en (rosquera)/sólo le falta una flauta.  
/Pero digan lo que digan, / más que espantarme, me  
encanta.

*Maga-Li*

Culebra si, /culebra no. Culebrita para unir la alegría  
y no sufrir entre muchos más que dos. / Que sean  
tres que sean diez; que sumen pero un montón. Que  
sean mil; que sean más de un millón. / Culebra,  
culebra sí. Culebra del culebrón. /Que cuando el  
amor se quiebra/la canción de la culebra/puede salir  
de una flor.

*Cola-Dero*

Quequén, me gustaría adentrarme en tus adentro.

*Caballo de Troya*

Cuando ya formaba parte del mundo cotidiano,

cuando todo quehacer remitía a su nombre, después de otra furiosa tormenta que se descargó sobre la región, nada se supo de su paradero. Y otra vez, las más disímiles conjeturas provocaron - ahora sí - una verdadera psicosis colectiva. Pues, no había pasado un mes, y el Centro de Altos Estudios - a través de una solicitada pública - afirmaba, científicamente, que " el extraño espécimen había desaparecido de la faz de la tierra " -. El sistema de radares que hace tres años pudo haber sido burlado, hoy, que su telescopio gravitatorio detecta hasta los neutrinos que atraviesan el nife - nife (núcleo) del planeta, nos da la certeza de que su búsqueda es inútil. Cabe sí, terminaba la nota, inferir que (Q-Q) pudiera haber entrado en otra dimensión del espacio-tiempo: posibilidad imposible de verificar.

Demás está decir que a partir de esa teoría, la literatura fantástica invadió y monopolizó el campo semántico de todas las lenguas. Por qué no creer, entonces, en esa versión que quedó dando vuelta después del apagado físico de (Q-Q). La misma, inspirada en el sacrificio de Ícaro, quedó en la memoria colectiva como que la Diablosa, después de aquella arrasante tormenta, se diluyó en el aire; que nadie sabe cómo, pero al regreso de su última excursión a uno de los lagos, apareció planeando sobre la ciudad, cobrando cada vez más altura y - como un cometa luminoso - se perdió por el lado, donde de noche, brilla la Cruz del Sur.

## DESPUES DE LA ESCUELITA

Esta vez no me van a agarrar así porque sí. Y les voy a meter balas hasta en el culo, milicos asesinadores, junigranputas, -profería Tatita-mientras volvía del centro hacia su casa, siguiendo, en la radio de su destartado Citroën, el levantamiento de los cara pintada. (Semana santa de 1987). Por el momento y, pasara lo que pasara, se atrincheraría en su domicilio. (Una especie de casa-galpón dividida en dos ambientes casi iguales por un biombo de álamo machimbrado, con una biblioteca repleta de libros dando al comedor-cocina de un lado; y por un inmenso ropero dando al dormitorio con un baño del otro; comunicados sólo por una angosta abertura sin puerta). Caserón levantado al fondo de la calle Rivadavia y que compartía con el Chumpi, un hermoso labrador tirando a intelectual, según los dichos del propio Tatita.

Y al Chumpi le sorprendió tan temprano regreso, acostumbrado a sentirlo llegar a las dos o a las tres de la madrugada, volviendo de los boliches donde solía demorarse charlando y tomando con los amigos. Y le salió al encuentro como preguntándole y ahora, qué pasó. Pero el Tatita, bajando del auto, a penas si le acarició el lomo, ordenándole tajantemente: vámonos a dormir.

Pero el sueño lo atrapó después de varias ginebras y cigarros tratando de acallar esa voz que insidiosa, nítida, volvía a sus oídos: “Por ahora zafás, pero no te hagas demasiadas ilusiones. Las clases con vos no han terminado”, en directa alusión a su encierro en la Escuelita. Pesadilla que le siguió en el sueño, donde volvía a desprenderse las vendas de los ojos y caminar dolorosamente por un lugar incierto, entre alamedas y la noche estrellada.

Al otro día ni siquiera quiso informarse del desarrollo de los sucesos. Desayunó ligeramente un té con galletitas y se fue de compras como para dos o tres semanas: fideos, arroz, papas, frutas y otras verduras frescas y en conserva; jamón cocido, queso, manteca; vino, ginebra, una caja de Parisiens; huevos; y cargill para el Chumpi, etc.

Por la tarde, bajó de arriba del ropero un pequeño portafolio de cuero marrón, con un sistema de clave (1616) -escondido entre viejas frazadas- donde guardaba un revólver 42, modelo `67, con una caja de balines. Mientras lo revisaba y lo limpiaba con minuciosidad casi neurótica, le venía a la memoria que lo había adquirido cuando era director de una escuela rural en Catriel. Al principio lo usaba para tirar al tun-tun y para espantar a los zorros que merodeaban por la noche; pero después le sirvió para aprender a tirar al blanco, como un modo de entretenerse, y matar el aburrimiento de los domingos por la tarde. Y si los milicos no lo encontraron cuando fueron por él, fue porque justo

en esos días se lo había pedido un colega sanluiseño para salir de caza.

Al tercer día de su autoencierro se levantó casi de madrugada. Y abruptamente despertó al Chumpi que dormía en un sillón de mimbre contiguo a la biblioteca. Arriba, arriba -le dijo moviéndolo por el lomo- que vamos a ir a tirar unos tiros a la barda. Vestido y abrigado con una campera de gabardina con bolsillos hasta en las mangas, se preparó un té bien caliente y mientras lo tomaba, metió en un bolso el portafolio con el revólver y, ya en el patio, después de cerrar la puerta con llave, recogió un tacho blanco de cinco litros. Metió todo en el Citroën, ordenó al Chumpi subirse al asiento de atrás y partió rumbo al oeste de la ciudad.

Con los primeros rayos del sol atravesó las tomas asentadas sobre los faldeos de las bardas. Luego de bordear un basurero interminable, empalmó con una picada que lo condujo por la meseta unos diez kilómetros hacia adentro, hasta que el desierto le impuso su inmensidad. Por acá nomás -habló- rompiendo el largo silencio que el Chumpi percibía como un fastidio. Y adentrándose entre las jarillas se detuvo. Apenas bajaron, el Chumpi olfateando piedras y algunos pastos, se descargó a sus anchas sobre unas zampas. Y Tatita hizo lo propio meando sobre un hormiguero.

Bajo los bártulos, caminó cincuenta, sesenta metros hasta un chañar donde colgó el tacho vacío; volvió sobre sus pasos y, ya revólver en mano con

los brazos afirmados en el capote del Citroën, apuntó y disparó seis o siete veces con una puntería que el mismo califico de admirable, después de acercarse y bajar el tacho agujereado. Viste, Chumpi, ni siquiera me ha temblado el pulso, -le dijo- guardando el revólver en el portafolio. Y ni las lagartijas sintieron los tiros -agregó- revisando el silenciador.

Antes de seguir y, para una mejor comprensión de los hechos, convendría aclarar que este relato es un resumen de ciertos pasajes de un diario íntimo, olvidado tal vez a propósito, en uno de los tantos boliches asediados por el Tatita. La idea de buscar y de matar a uno de mis torturadores -dice en uno de los párrafos - se me presentaba no como un sentimiento de venganza sino como una reparación a mi dignidad personal. Después de la escuelita sólo la lectura y la escritura me han salvado de enloquecer. (Y entre este tipo de reflexiones, abundan páginas describiendo los fracasados intentos de encontrarse cara-a-cara con su más encarnizado represor). Horas y horas munido de mi portafolio, acechándolo en las terminales no sólo en la Patagonia sino también en Retiro y en la boca de los subtes en Buenos Aires. (Cita textual).

Volviendo de las bardas -anécdota también registrada en el diario-, Tatita, luego de almorzar unos fideos con manteca y de darle su porción de Cargill al Chumpi, se tiró a descansar un rato, más que nada para sacarse esa sensación de absurdo que le había dejado tal ocurrencia. Malestar

azarosamente borrado después de un sueño donde él aparecía charlando con Juan Benigar. Principal personaje de la cantata que venía escribiendo desde hacía dos meses. Increíblemente, apenas levantado, y en un raptó de inspiración de cuatro a cinco horas, dio por terminada la obra. Y con una saludable autocomplacencia, compartió con el Chumpi la lectura de los versos finales:

*Sea el hombre por la vida/generoso como un árbol/ que a tiempo que da sus frutos/quieren que le aniden pájaros.*

¡Esto merece un festejo, Chumpi! Un buen vino, huevos y papas fritas. Comiendo y habiendo bebido en abundancia, ni supo cómo llegó a la cama, ni en qué momento volvió a ser presa de las pesadillas recurrentes y horrendas. Desnudo y colgado de una soga por los pies, el verdugo le golpeaba la cabeza como si fuera una bolsa en la que probaba sus puños con guantes de box. Luego lo subían y bajaban, zambulléndolo en una tinaja de agua ensangrentada; y, formando una ronda a su alrededor, también le arrojaban carne picada. Dale, dale, comé; comé las sobras de tu amiguita, maestríto de cuarta - le gritaban-, hasta que en un instante de precarísima lucidez logró prender la luz y articular un grito llamando al Chumpi, cuya presencia lo devolvió a la realidad.

Agotado y sudoroso, abandonó la cama y fue a la cocina por un té de boldo. El dolor de cabeza hizo que se la mojara y se colocara rebanadas de papas

en las sienas. Empapado, volvió a acostarse y, poco a poco, un sueño reparador lo alejó del presente y lo dejaba jugando en el patio de una casa de su Catamarca natal.

Los bocinazos, el trajín en la calle y los recientes rayos del sol colándose entre las cortinas terminaron por despertarlo. Podría levantarme a pasar en limpio la cantata -pensó-. Y, sin dudarle demasiado, abandonó la cama y se dio un baño con agua bien caliente; Sobre la camiseta limpia, volvió a ponerse la bata; se preparó un jugo naranja y se sentó frente a la Remington.

Pasajes en prosa y, sobre todo en versos endecasílabos y octosilábicos le consumieron quince carillas hoja oficio. El segundo canto - de los cinco que componían la obra - le pareció falto de ritmo y de tensión dramática. Pero bueno, - que eso lo vea el Gordo - se dijo - aludiendo al director de coro con el que había pactado su musicalización. Mañana mismo le caigo. Y que me invite a comer, qué mierda, - pensó en voz alta -.

Al otro día, así como fue, volvió de Roca. Esto me pasa por pelotudo, por querer sorprenderlo; por no llamarlo antes - se recriminó - mientras tiraba una a una las fotocopias por debajo de la puerta.

-El Gordo se fue a Rosario a ver a una de sus hijas - le comentó un vecino que lo vio retirándose -.

-¿A Rosario? De manera que éste hasta dentro de quince días...

-Y más o menos.

-Bueno, gracias.

-No, de nada.

Un cielo nublado, gris, a tono con su desazón, lo acompañó durante todo el regreso. ¡Eh, Chumpillo! Parece que va a llover -le dijo al llegar-. Habrían pasado escasos cinco minutos y, mientras en la cocina pensaba qué hacer de comer, sonó el teléfono. ¿Quién será? ¿No será el Gordo por telepatía? -se preguntó- apurándose a atender. ¡Hola, Tata! Te habla Diana.

—¡Diana, qué alegría! ¿Cómo te has acordado de mí?

—Nunca me olvido de acordarme de vos, Tata.

—También yo, Diani, también yo. Pero cómo estás, cómo tu Santa Rosa natal.

—Por ahora bien, Tata. ¿Y vos, cómo andás?

—Y yo aquí, Diani. Puteando contra el gobierno y contra los milicos.

—Viste qué hijos de puta. Pero ya hablaremos de eso. Ahora te llamo para decirte que por cuestiones de trabajo, la semana que viene viajo a Bariloche y me gustaría pasar a verte.

—¡En serio, Diani! Ya mismo empiezo a esperarte.

—En serio, Tata. Estaría llegando a Neuquén el martes a las nueve de la mañana, en el Chevalier. ¿Me esperarías en la Terminal?

—¡Claro, Diani, claro! ahí estaré, de guardapolvo blanco como en los buenos tiempos.

—Te estoy hablando de la oficina, tengo que cortar.

—¿Quedamos así entonces?

—Quedamos así, Diani, quedamos así. Chao, chao.

Por fin una de cal, era la Diani, Chumpi -dijo entusiasmado-.

Se preparó un atún con arroz y abrió un Canale tinto para celebrar la noticia. Después de darle de comer al chumpi y, todavía tocado por una suerte de sacudón emocional, se fue a dormir, pero no pudo. Más bien se puso a imaginar múltiples variantes del encuentro anunciado. ¿Se animaría, esta vez, a contarle todo sobre los fracasos en la búsqueda de su represor? ¿Que los milicos podrían volver por él y que estaba dispuesto a enfrentarlos? Preguntas que se disparaba como flechas y, tal vez, para no ratonearse. Pues sentía su cuerpo como un campo de alta tensión, donde eros y tánatos se jugaban su suerte.

Por fin se levantó. Seguido por el Chumpi que se había percatado de su repentino cambio de ánimo;

ordenó papeles, reacomodó uno por uno varios libros en la biblioteca; barrió el comedor y limpió la cocina. Y juntó la ropa sucia para llevarla a la lavandería. Mañana la seguimos - le dijo al Chumpi - al ver por la ventana que ya estaba oscureciendo. Prendió otro cigarrillo; sintió la necesidad de una ginebra y de escuchar algo de Beethoven. Su inesperado activismo, lo llevó, enseguida a sentarse frente a la Remington a responder una larga carta a un amigo exiliado en Finlandia, desde 1976. He aquí dos párrafos de la misma:

Querido Carlos: seguramente te habrás enterado de los últimos acontecimientos y compartirás conmigo la amargura y la bronca por este gobierno cagón que se ha dejado poner la pistola en la cabeza por coroneles de cuarta...

Pero cambiando de tema: si logro arreglar algunos asuntos pendientes y tu invitación sigue en pie, el año que viene, tal vez me tengas por allá... Un abrazo. El Tata.

Entre ir a la lavandería, al correo; llevar al Chumpi a la veterinaria para un control de rutina y terminar de darle una limpieza a fondo a la casa, se le fue la mañana y la tarde del sábado. Después de sacarse el cansancio con un buen baño, tirarse un rato y teniendo toda la noche por delante, decidió darse una vuelta por la peña Abril. Esta vez, -pensó en el momento- si era invitado al escenario, resignaría sus habilidades de cuentero y de cantor de bagualas, y hablaría sobre los hechos sediciosos

que seguirán consumándose como en 1976, si no nos indignamos, nos rebelamos y nos organizamos. Yo, al menos, esta vez, voy a morir peleando. (Y esa noche me di el gusto de sacarme tanto sapo de encima, anota en el diario).

El domingo, a pesar de la traspasada, a las nueve ya estaba en pie. Luego del desayuno (mermelada con manteca y café bien cargado), se le dio por cosechar las últimas verduras sembradas en el fondo del solar, acelga, papas, zanahorias, remolachas y unas porfiadas plantas de perejil. Luego, quemó yuyos, basura, papeles viejos; y levantó los soretes del Chumpi dispersos por el patio. Cerca del mediodía, se preparó unos huevos cocidos, con arroz blanco y zanahoria rayada. Y ahora, qué ¿nos vamos al sobre o a pasear un rato? - le preguntó al Chumpi - terminada su porción de cargill. Ah, querés dar una vuelta, ¿no? Bueno, vamos al dique y, de paso, lleno el tanque de la carcacha.

Cruzando el puente Neuquén-Cipolletti, el intenso amarillo de las alamedas, bajo un cielo azul y transparente, le hizo remedar silbando violines de Vivaldi. ¡Mirá esos colores!, Chumpillo. Como si fueran a estallar - le salió -. Y la verdad que el Chumpi, asomando la cabeza por la ventanilla del asiento trasero, también, parecía celebrar y agradecer la consagración del otoño.

Llegando al dique Ballester, bajó hacia el río y siguiendo un camino paralelo, estacionó lejos del

bullicio de la gente. Mientras el Chumpi retozaba trayendo y llevando palos de aquí para allá, Tatita, sentado a la orilla del agua, se inundó de imágenes y recuerdos que llevaban el nombre de Diana. Paseos, escapadas furtivas habían tenido como escenario este paisaje ribereño, cuya magia se prestaba para entregarse al deseo del reencuentro.

De pronto, el Chumpi, jadeante, vino a sentarse a su lado y a mirarlo interrogativamente. Qué me mirás, vamos pegando la vuelta mejor, antes que más refresque - le contestó-.

Ya en el camino, con el sol alargando las sombras de la tarde, puso la radio y buscó inútilmente alguna música que le llenara el oído. Pero el dial estaba saturado de fútbol, charlatanería barata y música guapachosa. Por qué no se irán un poco a la mierda - puteó - apagando la radio. Poco después, comenzó a prepararse mentalmente para enfrentar el lunes.

Me levanto, me baño, me afeito, voy al Banco a retirar las últimas chirolas y paso a peluquearme.

El lunes a las nueve de la mañana, ya estaba estacionando a dos cuadras del Banco Provincia. Retiró los últimos ciento cincuenta australes de la caja de ahorro y, caminando se fue a la peluquería. Mientras esperaba que abrieran compró el Río Negro. Y más que los titulares sobre EL PUNTO FINAL Y LA OBEDIENCIA DEBIDA, le llamó la atención un aviso inserto en la contratapa: Agencia

de Seguridad Privada necesita personal con experiencia. Presentarse en la calle Copahue 1560. ¿Y si voy a pedir información en nombre de un supuesto interesado? ¿No es una manera de reiniciar mi pesquisa en busca de ese hijo de puta?

Saliendo de la peluquería, volvió al auto y se dirigió a la agencia citada. Con el primer toque de timbre, un exaltado bulldog apareció detrás de un portón de rejas negras, seguido por la gruesa voz de un guardia rubio, alto y robusto.

—Qué se le ofrece -le dijo casi gritando por encima de los ladridos- .

—Vengo por el aviso -le contestó en el mismo tono, mostrándole el diario - .

—Andá para adentro -le ordenó al perro - mientras miraba al Tatita de arriba a abajo.

—No es para mí. Es para uno de mis hijos. Me pidió que le averiguara los requisitos.

—Pero las entrevistas son personales. Además el gerente no se encuentra en estos momentos.

—¿Y a qué hora se lo podrá encontrar?

—No sabría decirle. Tal vez después del mediodía.

Ah, facho de mierda -pensó- mientras se retiraba. De vuelta a casa pasó por un Topsy. Compró un paquete de hamburguesas, dos tomates,

mandarinas, bananas y una bolsa de huesos para el Chumpi. Ya debe estar asqueado de tanto cargill, el pobre. Comieron y se fueron a dormir, para atraer el sueño, retomó la lectura sobre El Origen del Mundo, de Geral Feinberg: *...y una de las maneras de expresar el problema del origen de la vida consiste en preguntarse cómo puede proceder de la materia inanimada algo tan complejo como una bacteria. Una de las respuestas posibles consistiría en descubrir cuáles son los eslabones de una larga cadena de reacciones químicas y procesos físicos, comenzando por las moléculas más sencillas que podrían haberse sintetizado en la tierra primitiva. En el caso de los organismos multicelulares se plantea, sin respuesta, cómo única célula-huevo fecundada puede convertirse en un organismo complejo. Y por qué las criaturas multicelulares pasan por un proceso de envejecimiento que acaba con la muerte.*

Y cómo de las bacterias más rudimentarias se llegó a la conciencia trascendental - alcanzó a preguntarse - antes que un sueño profundo lo depositara en un mundo primigenio, adánico, sin artefactos ni palabras. Pero el despertar, su realidad era algo más que su viejo Citroën, reclamando una lavada a fondo.

Martes. Media hora antes de la llegada del micro, Tatita ya estaba en la terminal. Bajando del auto reluciente, prendió un cigarrillo y se preguntó, ¿cuánto que no se veían? ¿Dos años? Informado que el micro entraría a horario por el andén ocho, comenzó a merodear por el mismo y a tramar alguna

travesura: se escondería tras de una pila de cajas y esperaría hasta verla bajar, que mirara para todos lados y, recién salirle al encuentro. No, mejor, no, - pensó después - Me planto como un árbol y dejo que nuestras miradas se choquen como pájaros ciegos. Pero apenas el coche se detuvo en los controles, volvió a esconderse. Esperó que el micro entrara en el andén, que Diana bajara mirando para todos lados; que hiciera la cola para recibir el equipaje y recién, cuando estaba a punto de recibirlo, le llegó por atrás.

-¿Me permite? -le dijo, casi arrebatándole la valija-

-¡Tata, qué locura; te pusiste nomás el guardapolvo! Y todavía abrazados salieron de la fila.

Vamos, que por allá dejé la carcacha.

-¿Y el cachorro?

El Chumpi, uuuf, ése está más grande que un caballo.

(Ya dentro del auto):

¿Y vos, vivís en una quinta dimesión? ¿Por? Digo, porque no sé como hacés para conservarte tan linda. No, abuso del Avón. (Risas). ¿O mataste a Abadón? (más risas). Hablame de vos, Tata. ¿De mí? Por favor, no echemos a perder un día tan lindo. Contame del viaje, mejor. Bien. Después de esas películas de tiroteos que te ponen, me dormí y no desperté hasta

Catriel. ¿Qué, te despertaron los malos recuerdos? (Irónico). No, los espantapájaros (risas).

Llegando, el Chumpi los recibió con giros de alegría alrededor del auto.

–Uh, pero qué inmenso.

–Te dije. Saludála, Chumpi. Ella es Diana que te mimó de chiquito.

–Chumpi, Chumpi, cómo te trata este don Diógenes -le habló- mientras le acariciaba las orejas.

–No le empieces a preguntar que en una de éstas te responde. Es más sabio que un cínico - agregó mientras bajaba la valija - .

–Que Sócrates, querrás decir.

–Pero si Sócrates dijo que él no sabía nada.

-Ah qué chistoso.

–¿Un té o un café?

–Unos mates mejor. Bien sabés que soy matera. Pero antes, quisiera lavarme un poco la cara.

–Claro, claro. El baño está en el mismo lugar de siempre, (bromeó).

–¿Amargos?

–Si, amargos.

–Yo casi no tomo, pero con vos los amargos me

sabrán a dulzura.

—Ah, sí. No te vayas a empalagar nomás.

—Te invito a comer afuera -le cambió de pronto-. Pero, Diani, quien tiene que... Quien tiene que, nada. Y no me salgas con machismos de cuarta. Diani, por favor, dejame que yo... Que yo, nada. Y no te me pongas refunfuñon. Está bien. Pero antes, ¿no quieres descansar un rato? No, Tata, mejor llevame a recorrer la ciudad y, de paso, ya nos podríamos quedar por el centro y almorzar temprano. Después, sí, un buen descanso no me vendría mal. Tengo pasaje para las diez de la noche.

Y Neuquén ya debe andar en los trescientos mil habitantes - comentó Tatita, de salida-, (sin que viniera demasiado al caso) y sigue llegando gente de todas partes. La mayoría pasa a agrandar los asentamientos extendidos por los faldeos de las bardas. Vos misma te habrás dado cuenta, cuando viniste la última vez, ¿será cosa de dos años no? que habían dos o tres casas locas en la cuadra donde yo vivo y, ahora ya estoy quedando casi en el medio de la ciudad por este lado. Vamos a ir hasta el Rincón del valle que llaman y desde ahí vas a poder ver no sólo la confluencia de los dos ríos, sino también cómo se ha expandido la ciudad. Pero no quiero resultar plomazo con el tema. Mejor me llamo a silencio. No, Tata, por favor. Vos haces interesante hasta el arroz con leche. Ah, irónica, ahora, sobradora también. No, de ningún modo. Pero me gustaría escuchar algo de tu paisaje interior. Tal vez

haya cambiado más que el del afuera. Entonces, a pesar de la hora, si querés, canto, Diani. (Y zafó con una vidala chayera que nada que ver para el momento que el Citroen subía por la avenida Argentina) Yo le dije al corazón/ ay mi señorá/ Yo le dije al corazón/ay, mi señorá/.

Ay, Tata qué loco. No es necesario que te pongas cósmico. ¿Cósmico o cómico? Cosmicómico, más bien. (risas). Pero no te creas que te me vas a ir tan fácil por la tangente. ¿Tangente o tan gente? juegos de palabras, juegos de villano.

Apenas eran las doce y media y ya estaban entrando a un restaurante todavía vacío. ¿Te parece bien por acá, Diani, cerca de la ventana o más al fondo? Mejor al fondo, así podemos charlar más tranquilos. Aquí hacen un salmón que es una verdadera exquisitez. Y un chivito que ni te cuento. ¿Salmón para dos? Salmón para dos. Pero antes, una picada con un Gancia, ¿te parece? Páreceme. Tus deseos son mis órdenes.

—¿Me estás escuchando?, Tata, ¿o andás por los Chiguidos? -le reprendió Diana cuando ya estaban de sobremesa-. Te decía que esto de vender seguros no es tan complicado. Es cuestión de aprenderse un rollo sobre las ventajas y desventajas de tener algunos bienes asegurados y ya. Y, por supuesto, el prestigio y la trayectoria de la aseguradora. Con dos o tres días en la semana que salgas a hacer entrevistas, podés obtener

comisiones que, a veces superan hasta tu propia jubilación. A Bariloche, por ejemplo, voy a cerrar y firmar un convenio con la Municipalidad para un seguro de vida a los empleados. También me han encargado que designe un representante aquí en Neuquén y yo había pensado en vos.

¿En mí?! La verdad que te agradezco. Pero a esta altura del partido, no me veo portafoleando por la calle y menos juntando aguas en las oficinas de los gerentones. Ahora, si se trata de darte una mano, puedo conseguirte una oficinista en el estudio de un escribano amigo para que te instales y hagas tus entrevistas. Y para que no gastes en hotel, te dejo mi rancho y yo me largo a la casa del Gordo, en Roca, con Chumpi y todo.

Es que yo había pensado en vos para evitarme hacer un casting. No es fácil conseguir gente de confianza en este rubro. Por qué no lo piensas mejor, Tata, y en una o dos semanas me contestas. —¿Te parece? ¿Quedamos así?

—Quedamos así. Pero menos que más, Diani.

—Y ahora, ¿en qué estás pensando?, desde hace rato me late que me ocultas algo grosso. ¿Es o no es así?, Tata. No, Diani, no. ¿No o sí? Bah, si, pero otro día te cuento. Tal vez no haya otro día. Así que si se trata de alguna espina, a propósito del salmón - cuanto antes te la saque, mejor. Digo, si todavía confías en mí. Está bien, Diani. Esto no le he charlado absolutamente con nadie. Desde que salí

de la Escuelita, salí con la idea fija de buscar y matar a uno de mis verdugos, al "mono Gatica" como se lo llamaba, por su feroz ensañamiento de golpearnos con guantes de boxeo. Y tarde o temprano, quiero hacer valer mi palabra, Diani, aunque sea lo último que haga en mi vida. Ay, ¡Tata querido!, me estás hablando en serio ¡Cómo te vas a desgraciar así, por un gusano como ése!, además, francamente, no te tengo empuñando ni una pistola de juguete. Eso se aprende, Diani, eso se aprende. ¿Qué, te vas a entrenar con la guerrilla colombiana?

¡Dejate de joder, dejate de torturar con eso!. Me di la palabra, me juré a mi mismo, Diani. Y eso para mí tiene un valor. Ay, Tata, te entiendo. ¿Pero quién traduce en hechos cada palabra dada. Nadie, Tata. Todos alguna vez hemos querido eliminar al enemigo. Pero de ahí a practicar el ojo por ojo, el diente por diente, ni los trogloditas. Pero supongamos que te lo encontrás y lo rematás, qué te vas a decir después, ¿que ahora también sos el otro, como dice no sé qué cuento de Borges? No, Tata, no. Basta de darle manija a la muerte. Nuestra escasa porción de libre albedrío utilicémosla a favor de la vida. Si no, qué sentido tiene nuestro existir. Y otra cosa: la mejor manera de darle la derecha a los asesinos, es querer imitarlos. No es tan así, Diani, y a la hora de la hora, qué me voy a decir: ¿qué me cagué en los pantalones? No, que tus pantalones no están manchados de sangre tenés que decirte si tanto te preocupa tu trance final. Raro en vos, por otra parte, que ni siquiera crees en la inmortalidad de

las cucarachas. Que no sea creyente no significa que no me importa morir con dignidad. Pero no te plantees las cosas así: dignidad, versus indignidad. Así, o todo es blanco o todo en negro y de ahí al fundamentalismo... No sé; Diani, tal vez hice mal en contarte todo esto. No, no hiciste mal; hiciste bien. Y como algo creo conocerte, espero que te saques esa idea de la cabeza cuanto antes. Ahora, pidamos la cuenta y vamos a descansar un rato.

El uso del plural, acentuado con una mirada acariciadora, produjo en Tatita un efecto-cosquilla que lo dejó sin respuesta, ya que, anímicamente, no estaba en condiciones de hacerle ningún tipo de insinuación que tuviera que ver con vibraciones íntimas.

Durmieron y se entregaron. Buscándose en el sueño y en el insomnio. Recuperando instantes únicos en un día cualquiera, laborable, sumándose al siguiente, repitiendo la rutina de un día tras otro, desgastando los escasos gestos que le dan más intensidad a la vida y, tal vez, más significado al mundo.

Cuando se levantaron ya estaba oscureciendo. Metida bajo la ducha, Diana cantó festejando la escurrión del agua por su cuerpo, mientras Tatita preparaba unos mates.

Vestida con un equipo de gimnasia negro, sobre blusa blanca, apareció en la cocina casi igual a Diana, maestra de educación física en Catriel. "No la toquen ya más que así es la rosa"-citó Tatita alcanzándole un mate- . De dónde has salido ¿de la

ducha o de la fuente de Juvencia? Gracias por el cumplido, Tata. Pero vos también estás hecho un pende. Un pendeciero querrás decir. También, también. (risas).

—Bueno, vamos yendo. Ya son más de las nueve.

—Cómo quieras, Diani, pero todavía falta. En diez minutos estamos en el centro.

—Sí, pero mejor vamos, así no andamos a las apuradas.

—Tus deseos son mis órdenes.

—Cuidámelo a éste, que no haga macanas - le dijo al Chumpi, ya en el patio, acariciándolo y tocándole las orejas- .

Mientras esperaban la salida del micro, hablaban de verse más seguido y hasta de vacacionar juntos. Vámonos a Findandia, tengo la invitación de un amigo, cuando allá sea verano. Y qué te parece Groenlandia, le respondió Diana, sobrándolo. No me jodas, te digo en serio. La respuesta fue un abrazo y un prométeme que no harás locuras - mientras se escuchaba: pasajeros a la ciudad de Bariloche por favor abordar el micro 204, andén cinco, empresa Chevallier.

Y yo estaba escribiendo - dice otra parte del diario - cuando sonó el teléfono. Hable. ¡Eh, Tata, domine! ¿Cómo estás? - ¡Eh, Gordo!, ¿volviste? Te hacía en Rosario todavía. Volví ayer, y ya leí y releí tu mamotreto. Y lo tiraste al fuego también. Sí, pero

me dejé una copia, (risas). Está buena. Me gusta, Tata. Por ahí tendríamos que ajustar una cuestión de rítmica y, tal vez, acortar algunos recitativos. Y para eso tendríamos que juntarnos y cuanto antes, mejor. Como a vos te parezca, Gordo, como a vos te parezca. Escuchame, Tata: un amigo mío de aquí de Roca me presta una cabaña con piano y todo en Aluminé. Podríamos aprovecharla e irnos a trabajar dos o tres días seguidos, tranquilos. Me encantaría, pero qué hago con el Chumpi. Y dejalo con la señora que te iba a hacer la limpieza. Hace dos meses que no la llamo... Pero si es por cuestión de guita, te presto. Total después arreglamos. Llamala o con algún amigo trata de resolver el tema de tu pinche Chumpi y pasado mañana, bien temprano, paso por vos. ¿Te parece? Claro que me parece: Cargo la trafic con todo lo necesario y ya. Ahora te corto y espero que me llames a más tardar mañana a la mañana, ¿Quedamos así? Quedamos así, Gordo, quedamos así.

¿Te diste cuenta? Hemos hablado de todo un poco y casi nada de la cantata (dijo el Gordo ya pasando Zapala y tomando el desvío hacia Aluminé). Contame un poco más de Juan Benignar, qué tipo ése ¿no? Y es uno de los pocos, poquísimos que no vino a saquear, sino a convivir con los mapuches. Llegó en 1908 y se radicó en Peñas Blancas, una comunidad cerca de Catriel. Y se casó con Eufemia Barraza, nombre cristiano de Schey-puquín, una especie de princesa mapuche, con la que tuvo once hijos, creo. Janko, como le decían cariñosamente, no

sólo era un técnico, un ingeniero civil, sino también un tipo cultísimo, un bachiller en humanidades, con título de la universidad de Praga. Hizo obras de riego, una de ellas en Ruca Choroy. Pero además, redactó una gramática mapuche, cuyos cuadernos están en manos de una señora que no sé por qué putas no los hace públicos, habiendo pasado tanto tiempo de su muerte, en 1950.

—Qué mierda pasa allá - le interrumpió de pronto el Gordo- Parece que hay un auto dado vuelta.

—No sería raro. En este tramo vos lo sabés las curvas son peligrosísimas.

—Si, en un vuelco nomás - agregó el Gordo.- Y ya parece que llegó la policía también.

Aminoraron la velocidad y estacionaron a escasos metros del accidente.

—Qué pasó - preguntó el Gordo bajando - .

—Y uno más que se tragó esta curva - contestó uno de los policías - .

—¿Y se sabe quién es?

—Parece que es el mayordomo de la estancia El Trafal.

Entre tanto, Tatita, más cerca del muerto tirado boca arriba, se decía para sí: Pero si es el "mono", el mismísimo hijo de puta, sólo que con bigotes.

## EL COLECTIVO

El colectivo avanzaba ronroneando perezosamente por la llanura interminable como si no quisiera seguir siendo colectivo. Más de veinte años haciendo el mismo recorrido y reproduciendo la misma rutina le venían desgastando la voluntad de ser solo un medio, llevando y trayendo pasajeros sin siquiera conocer sus últimos destinos.

Caída la tarde, al conductor -también, abrumado por la distancia y la monotonía del paisaje-, se le antojó hacer un alto en un desahuciado paraje, en el que ya casi nadie se detenía. Aminorando la marcha, salió de la calzada y, a paso de hombre, giró hacia la derecha hasta detenerse a un costado de esa especie de parrilla al paso.

Sólo veinte, veinticinco minutos -anunció a los escasos pasajeros cuarentones-. Y esperando a que descieran, abandonó el vehículo, cerró sin asegurar la puerta y se adentró a tomar algo o a descargarse de sus necesidades.

Pasado un momento ésta es la mía -pensó el colectivo-, aprovechando un golpe de viento repentino que lo empujó lentamente hacia el campo, donde, chocando con un enorme eucalipto, se transformó en una hermosa vaca blanca. Tal como pasa en los sueños que hacen y deshacen la

realidad-real. Y, sin más, de un perro puede salir un camello ladrando.

—¿Y el blanco... ya se fue?! -preguntó alarmado el primer pasajero que salió de la cabaña-.

—No, ya fue -contestó otro burlonamente, sin siquiera mirar hacia dónde había quedado estacionado-. Pero al hacerlo, se sumo a la alarma del primero.

—¡Chofer, chofer, el colectivo desapareció! -gritaron-.

—¡Cómo que se fue! -contestó atolondrado el aludido-. Y, tras él, todos corrieron hacia el bosque, donde sólo una vaca blanca se alejaba trotando por el campo.

—¡Se lo robaron, seguro que se lo robaron! -se lamentaban coralmente-.

—Se lo robaron nomás -repetían-, hasta quedarse convencidos.

Al fin, volvieron a la ruta, mirando para uno y otro lado; pero el bosque y el anochecimiento les impedían ver a más distancia.

—Nos hemos quedado en banda -dijo uno de ellos desanimado-.

—Y ya que nos quedamos en banda, ¿por qué no nos convertimos en bandada? -respondió otro como para reanimar a todo el grupo-.

—En bandada de qué -intervino un tercero-. En bandada de bandidos buenos -se contestaron unánimes-. Y echaron a volar y a cantar a través de la noche, como añorando, como buscando un algo más que un colectivo blanco.

## EL MUERTO VIVO

Contra el frío o el calor, contra la sed o el hambre, Cristiano Nadia tenía una resistencia de camello. Cualidad que le venía de sus antepasados: húngaros que sobrevivían deambulando por puebleríos, desde el Asia Menor, hasta el norte de África. Algunos de sus ascendientes aprovecharon la ola migratoria de fines de siglo XIX, arribando por esa época a las costas de Carmen de Patagones. Punto de llegada y de una nueva dispersión que los confundió con el gauchaje de la pampa surera.

De Cristiano sólo quedan anécdotas sueltas y deshilachadas que no alcanzan para hilvanar ni una mínima biografía pero sí, tal vez, para delatar un carácter. Se sabe, por ejemplo, que de niño aprendió a leer y a escribir como quien aprende a jugar al truco sin que nadie le enseñe, sólo escuchando y teniendo en sus manos rústicas ediciones de Martín Fierro. Ejemplares que llegaban a las pulperías entre botellas de ginebra, paquetes de yerba y de otros vicios y que unos de sus tíos le acercaba como una especie de objeto inservible. Libro que le inspiró una temprana rebeldía libertaria y un profundo rechazo al trabajo dependiente que por algunos años tuvo que soportar como boyero, en las estancias patagónicas. Después, en otro libro leyó que así como se ascendía al cielo se podía bajar al infierno. Y con la

lectura del Quijote terminó por avivar lo que ya corría por su sangre: su incansable espíritu de errancia.

En una de las infinitas noches a campo y cielo abierto, contemplando la Cruz del Sur, se soñó como un muerto resucitado que vagaba y vagaba a flor de tierra. Sueño que hizo realidad casi inmediatamente, cuando apenas cumplía veinte años y el país entraba en la década del cuarenta.

Con un carpintero amigo –estando de paso por Choele-Choel- se hizo hacer un ataúd que le sobraba por todos lados. Cajón de madera de álamo machimbrada, adornado en los laterales por figuras de ángeles tallados con pequeños orificios que también permitían la entrada y salida de aire. Un vidrio transparente, de tono azulado, formaba parte de la tapa que le reflejaba la palidez del rostro y de las manos.

Domadas adicionales le dejaron ahorros como para comprar un viejo charret y un caballo de tiro que sumó al caballito blanco con el cual –incluso- se supo prender en algunas cuadreras pueblerinas. Con éstos y algunos otros enseres, primero echó a rodar el rumor de que un muerto-vivo andaba penando de pueblo en pueblo y, después, se largó a andar y a desandar los polvorientos caminos, desde Trelew a Chos-Malal y de Viedma a Santa Rosa hasta San Martín de los Andes. Antes de entrar a cada pueblo, siempre al anochecer, dejaba en algún escondite fuera del mismo el charret y el caballo de tiro. Y, al otro día, acaballo del blanquito se iba a

negociar con el cura o las autoridades su exhibiciones. Espectáculo armado por una precaria capilla ardiente que podía visitarse durante una o dos semanas, en horario corrido de nueve a nueve.

“Resucitaré después que todos me hayan visto muerto” rezaba una inscripción casi inútil en una alcancía, ubicada en la entrada de la capilla, donde los visitantes depositaban un diezmo, persignándose y profiriendo un Ave María purísima sin pecado concebida. Parece un guanaquito gaucho se dice que comentó un maruchito en San Antonio Oeste, viendo a Cristiano impertérrito dentro del ajetreado cajón. Comparación que estuvo a punto de sacarle una sonrisa y que pudo evacuar despedándose sin hacer ruido, mientras el curioso se enderezaba y se alejaba del ataúd, asentado sobre unos caballetes a medio metro del suelo.

Fuera del horario de visita Cristiano se las arreglaba para volver, sin ser visto, a su casa rodante, donde mateaba, comía frugalmente carne charqueada y, a la luz del fogón o de una vela seguía leyendo interminablemente. Tanto así, que en sus lecturas ralentadas podía demorarse días y días en dos o tres páginas, armando y desarmando palabras y frases que lo llevaban a otras significaciones que las literales. A la palabra casa, por ejemplo, le hacía caer lluvia hasta deshacerla o le metía animales omnívoros que terminaban por devorársela. Y así, cuántas veces no le cambió el final a don Quijote con tal de que siguiera existiendo. En una de las versiones -que se encontró en una

libreta en una parroquia de Río Colorado- lo hacía resucitar el séptimo día para que continuara deshaciendo entuertos hasta aniquilarlos definitivamente. Claro que para ello tenía que contar con la complicidad de un Dios interviniendo a favor de la aventura humana. Y no como el biblesco que se dejó matar y terminó asemejándose a don Poncio Pilato.

Terminada una función, solía atravesar el desierto haciendo, incluso, atajos alternativos por donde nunca nadie había transitado con tal de esquivar a los circunstanciales pasajeros. O en largos trechos de caminos inevitables, ataba las riendas en las barandas del charret; ponía el caballo automático -según el decir de uno de los informantes- (el blanquito iba atado en la parte de atrás del carro) y se acostaba dentro del ataúd cansado de mirar tanto paisaje inútil o de soñar despierto hasta dormirse. Cuántas veces no espantó a más de un viajero distraído que se cruzó con un charret conducido por un muerto en la inmensidad del día. Claro que cuando este sucedido ya andaba de boca en boca, Cristiano solía cambiar de estrategia y disfrazarse de húngara, vestía de negro hasta la cabeza. Entonces se rumoreaba que una viuda negra asolaba los caminos cargando a su marido muerto -que ella misma había matado- y que se negaba a enterrarlo por temor a que resucitara y viniera a cumplir la ley del talión. Historias que seguramente el mismo Cristiano echaba a correr, demorándose en algún fogón, compartiendo con la

paisanada de la estancia algún chivo carneado a ojos vista.

En la primavera de 1951 llegó con el viento a la Colonia Centenario. Aquí, a falta de Cura, el comisionado y el comisario interino le impusieron una clausula inamovible: hacerse el muerto pero bajo tierra por un máximo de tres días. Sus honorarios saldrían del erario público. Y todo porque esos días casi no moría gente y por una disposición nacional se tenía que inaugurar el cementerio antes de fin de año. En efecto y, para que no fuera una cuestión formal, se cavó una fosa donde se introdujo Cristiano Nadia, desconocido y muerto por muerte natural en la zona de chacras. Los deudos y lo curiosos tendrían esos tres días para colaborar con su reconocimiento.

“El destino ha querido que esta inauguración la hagamos con un muerto a quien en honor a la verdad tendríamos que agradecer por tan oportuno deceso” decía parte del discurso del comisionado, ante los pocos vecinos reunidos. Y en realidad, también fueron muy pocos los curiosos, que en los días restantes se apersonaron en la tumba. Uno de ellos, Martín Meliqueo, dejó una bota llena de vino para que el muerto apagara la sed causada por el tierral. Agotado el plazo, Cristiano sirvió de único testigo de la sepultura del primer N-N del cementerio local. Después de este episodio, nadie pudo dar cuentas de sus andanzas. Un rumor que en algún tiempo corrió más fuerte que el viento dice que sus laberínticas huellas terminaron en el mar y que

Cristiano voluntariamente se dejó tragar por una ballena en la Península de Valdés, después de quemar su carro y largar su caballo detrás de unos guanacos.

## ¿CHACARERO O CHACRARERO?

¿Chacarero o Chacarero? Viniendo de chacra ¿no tendría que ser chacrarero el adjetivo calificativo? Pero sea como sea, el chacra Manuel García, nacido y criado en Vista Alegre norte, cree que a ciertas plantas de cuando en cuando, les viene bien una buena azotada para que se despierten.

—Voy a contarte un caso concreto -me dijo-, cuando le comenté que en el patio de mi casa tengo un limonero que últimamente se ha venido en puro vicio nomás, negándose a florecer, por más que lo pode y lo cuide como una planta de interiores.

—Y dale unos buenos cintazos, como yo le di a una duraznera que se me había vuelto media sonsa -me contestó-. Y eso que yo la mimaba como una criatura; la protegía de las heladas, de la piedra; la remediaba con abonos especiales. Qué no le hacía. Hasta, te juro, que un día soñé que la sacaba a pasear por la orilla del río. Pero llegaba la primavera y nada. No reaccionaba. No salía de su tristeza.

—¿Y entonces?

—Entonces, sin comerla ni beberla, un día a fines de agosto, me saqué la bronca con ella. La bronca, digo, porque había pasado más de medio año y apenas si me habían liquidado una cuarta parte de la

cosecha. Y qué me mirás, vos, que sólo me das gastos -le grité- bajándome del tractor. Y sacándome el cinto, le di y le di hasta dejarla exhausta.

—Creer o reventar -siguió-. Pero a la semana se agarró a florecer de tal manera que casi no se veía de tanto abejerío que le revoloteaba. Y no sólo eso, sino que a las hijas de puta se les dio por armar un panal en la jaula del loro que yo por esos días había dejado escapar, porque ya me tenía repelotudo con eso de “chacrarero, chacrarero boludo” que yo mismo le había inculcado.

## EL YOFO

Apenas rebasados los treinta años de edad, el Yofo sufrió una involución por demás deprimente. Muy seguido soñaba orinándose y defecando en los pantalones. Y se hacía nomás. Dos o tres noches por semana se las tenía que ver con sus propios detritus, a pesar de las severas dietas que terminaron imponiéndole los nutricionistas, después que los endocrinólogos se dieran por vencidos en su búsqueda por encontrar insuficiencias orgánicas que pudieran explicar tamaño descontrol.

Tampoco los psicólogos le encontraron la vuelta. El único indicio era que las evacuaciones se producían cuando El Yofo soñaba con cosas desagradables o violentas: con el maltrato que sufren los animales, por ejemplo. Y el asunto empeoraba; ya no sólo en los sueños sino en cualquier momento sus descargas eran cada vez más abundantes, sonoras e indisimulables; afectándole el alma y abultando su presupuesto en pañales descartables, calzoncillos, desodorante, etc.

También en sus trabajo de cartero tuvo que pedir licencia por tiempo indefinido, aunque eso de “ahí viene el culo sucio ¡guarda con el culo sucio o aguas con el culo sucio!”, ya no se lo sacaban ni los ángeles.

Perdido por perdido, prefiero tener la cola y no la mente sucia, -argüía el Yofo para sí-. Pues hasta los parientes y amigos más cercanos le fueron raleando su presencia. Y de mujeres ni hablar.

Tal vez quieran que me vaya a la mierda de aquí. Pero no les voy a dar el gusto, -se repetía con insistencia-. Y ante lo irremediable, un sábado de viento, al principiar el otoño, subió a una avioneta fumigadora.

Podré andar con el culo sucio pero no con la cabeza podrida como ustedes, -se escuchaba a todo volumen-. Mientras arrojaba bolsitas de plástico, blancas como copos de nieve. Suciedad social, decían las bolsitas que olfateaban los perros y los gatos, atrayendo todo tipo de pterigotos y apterigotos; dípteros, coleópteros, etc. etc.

## EL INTENDENTE

Nunca el pueblo estuvo tan limpio ni sus calles de tierra mejor regadas como cuando ocupó la intendencia Daniel Ponce. Quien -dicho sea de paso- se ganó el cargo con más del ochenta por ciento del voto femenino. Su lema de campaña: con la mujer todo, sin la mujer nada; mujeres liberales versus mujeres liberadas, acentuando este último adjetivo como sinónimo de liberación de los sueños, “y por eso las invito a soñar y volar conmigo” era la consigna con que cerraba sus discursos.

A las pocas semanas de asumir su mandato y por falta de operarios, él mismo se subió al camión regador y al tractor recolector de basura y, en horario nocturno salía a cumplir con estos servicios. Además, cumpliendo con sus promesas electorales, siguió visitando a los vecinos y sobre todo a las vecinas para escuchar sus reclamos e informarse de sus necesidades.

Pero no sólo conducía los vehículos del corralón municipal, sino también, piloteando su propia avioneta muy seguido y -con el pretexto de difundir volantes sobre cualquier tema de interés comunal- hacia vuelos rasantes por encima de algunas viviendas. Y desde los patios se disparaban bendiciones y también maldiciones hechas por

algunas mujeres despechadas: ¡Dios te bendiga mi intendencito! u ¡Ojalá te caigas y te revientes las pelotas! Maldición ésta que terminó por cumplirse cuando principiaba su segundo año de mandato y su popularidad se mantenía en alta.

Un domingo por la mañana, bajo un cielo azul y translúcido, un viento repentino estampó su avioneta sobre unas alamedas y una astilla hiriente le atravesó el corazón.

En el concurrido velorio sus desoladas admiradoras -de uno y del otro lado del cajón- se intercambiaban flechazos de odio y puteadas silenciosas, entremezclados con los rezos que bullían en el ambiente. Tanto fuego cruzado, avivado por corrientes de aire provenientes de una ventana abierta, en cierto momento, apagó los candelabros más próximos al ataúd. Y las más beligerantes fueron a consolarse al pecho de la viuda que recibía los pésames con una inocencia y una resignación conmovedoras. Una de las más perturbadas, le musitó al oído: la felicito, señora. No, de nada, le contestó la viuda transida por el dolor.

Eran tantas las visitadas por el admirado intendente que la sala velatoria se colmó en poco rato y, casi en forma espontánea, se fue haciendo una larga cola de treinta a cuarenta metro sobre la vereda. De manera que un primo del difunto tuvo que organizar tandas de seis mujeres por vez para que se acercaran al cajón por no más de quince minutos. Mientras tanto afuera en la fila, si que se

empezaron a escuchar las más insólitas acusaciones, alimentadas por la rivalidad y los celos: ¡Qué hablás vos! Si sos una de las que se adelantaban y lo esperaban en una esquina para irse con él a llenar el camión regador al río. Por lo menos me iba al río y no como vos que le dejabas la puerta abierta de tu casa para que te hiciera relinchar como una yegua. Y vos, que hablás también si hasta en el basurero te revolcabas con el intendente. ¡Cállense por favor! -terció una viuda alegre- ¿No les da vergüenza? Qué es eso de inculparnos entre nosotras. Si lo quisimos de verdad, por lo menos respetemos este momento; y porqué no entender nuestro amor como un servicio retributivo a su buena gestión. ¡Callate, Calesita! -le contestaron- que vos también no te cansabas de dar vueltas y vueltas por la municipalidad con tal que el intendente te manguareara el culo. No se han guarangas, que ustedes hablan así porque ni de ofrecidas nadie nunca ni les miró el trasero.

Por otro lado, el grupo de los maridos no dejaba de agradecerle. La verdad, la verdad, -decía uno- en casa todos lo queríamos; y más mi mujer que lo quería como un hermano. Y la mía, ni te digo, lo quería como un hijo -comentó otro-. No sé, no sé, -dijo un tercero, dudoso- pero a mí me parece que nuestro intendente no le iba mucho con algunos mandamientos. ¿Cuáles por ejemplo? Con el quinto o sexto, creo.

## LA REVUELTA

Cansadas del maltrato cotidiano, de tragarse la bronca casi desde que nacieron, muchas palabras, de repente, se escaparon de las bocas de quienes las castigaban. Y, con la ayuda del viento, volaron hasta llegar al país de la Oscuridad, donde viven las palabras antes de nacer; es el único país redondo, más redondo que la tierra y la luna o los demás planetas que se están redondeando. Llegaron anocheciendo en bandadas, como pájaros, diferenciadas, identificadas en familias de diversos colores.

Las primeras en arribar fueron las *azules* que, de por sí, son bastantes friolentas. Hagamos una fogata para calentarnos y, de paso, orientar a las demás, -dijeron-. Y acto seguido, aparecieron las de color morado; entre ellas, la palabra *Miércoles*, elegantísima. Tanto así, que escuchó: “Oh, Miércoles, cómo te has venido”, de parte de la palabra *Cielo*, azulada hasta más no poder.

La arribación de las *Verdes* produjo un temblor de alegría. *Verde que te quiero verde*, cantaron al unísono, las de *color local*, muy vistosas ellas y con un saludable olor a tierra, a lluvia refrescante.

Las últimas en llegar fueron las *Rojo vivo*. Venían tan acaloradas que su primer gesto fue abrazarse

con las más friolentas para transmitirse mutuamente sus temperaturas. *Corazón* estaba tan alegre, tan salida de sí, que no paraba de palpitar y de contagiar su palpitación a las demás.

Pero aprovechando un silencio entusiasmado: “todas sabemos por qué estamos aquí, en el país de la Oscuridad” -dijo *Clara*, vestida de un blanco deslumbrante-. Ha llegado la hora de rebelarnos, de luchar por nuestra salud. No tenemos por qué seguir soportando tanta desconsideración de los malhablantes, de los charlatanes indemocráticos. Para recuperar nuestra dignidad avasallada, propongo una huelga de palabras caídas.

¡Sí, sí, sí! -se escuchó coralmente-. Nosotras no somos ni buenas, ni malas -siguió *Clara*- somos servidoras públicas, dadoras de vida...

Pará, pará, pará -interrumpió *Vida*-. Yo soy Vida. Vi porque fui la primera en ver y da porque siempre estoy dando. Pero cuántas veces habrán escuchado decir “esta vida de mierda” como si yo fuera una caca... Pará, pará, pará saltó *Caca* que estaba sentadita y medio alejada de las demás-. Yo soy *Caca* y me siento tan necesaria como vos, Vida. Pues todo viene por mí, de una gran cacada universal -agregó-. Pará, pará, pará interrumpió *Todo*, un grandote gigante-. A mí me utilizan como si fuera el hijo de la pavota. Todo bien, todo mal, dicen. Todo rebien, repiten, aunque las cosas vayan para el lado de los tomates... Pará -le cortó *Tomate*-. Soy sustantivo masculino, singular. (Mucho gusto -le

susurró *Cebolla* plantada a su lado-). A mí sí que me utilizan para todo: para los jugos, para las salsas, para los helados. Y hasta me hacen una ensalada de verbos. Toma té o tomáte/*as*. Y me dejan en bolas. Pará, pará la moto -saltó *Bola*-. Qué queda para mí que me hacen de goma a cada rato. Boludo para aquí, boluda para allá; por todos lados: desde los cibers a la casa rosada. ¿Creen ustedes que se puede mejorar un país si se siguen multiplicando los boludos y boludas así, impunemente? Y nadie paga el pato.

Pará, que te pasa conmigo -dijo la *Pato*-. Yo soy pato o pata, según mi colibrí, perdón, según mi pedigreé; perdón, según me antepongan: *el, la, un, una*. Y también me utilizaban como comodín: pata de chanco, para de perro, mesa de tres patas. Y me piden que aguante; pero como no voy a patalear. Perdón, -interrumpió bruscamente el *Aguante*. Tampoco la pavada. Yo vengo de un hermoso verbo: aguantar, resistir. Y hay que aguantar pero no cualquiera. Porque si no da lo mismo el que labura, el que vive de la usura o el que mata una ilusión... De ilusión hablaste -dijo *Ilusión* vestida de fiesta-. La verdad, la verdad, que ni yo sé cómo sigo viva. Porque me han dado tantas palizas que me han llegado a dejar en coma profundo; es decir, en coma profunda; es decir, en profunda coma que es como terminar en un punto y aparte, excluida, marginada. ¿Y qué es la gente sin mí, sin una ilusión?... pura nada, pura vergüenza...

¡Vergüenza! -gritó *Vergüenza*, roja de rabia-. A mí siempre me andan perdiendo como si les pesara llevarme en el alma. Pero ojalá que nunca se les caiga la cara por mí. Porque *los, las* que tienen vergüenza, *ésos, ésas son los imprescindibles* como el agua... oh, gracias por invocarme -se oyó al *Agua buena*-¿Pero saben lo que me hacen por ser buena? Ya ni me dejan vivir limpiamente. Ni en el cielo porque también lo están llenando de basura. Y aquí abajo ya no sé por dónde correr sin ensuciarme... ¡Eh, agüite buena, arriba ese ánimo! -aprovechó la *Solidaridad* para presentarse-. Soy de la familia terminada en *dad*: libertad, fraternidad, maternidad, brutalidad, frivolidad... Es verdad -dijo la *Verdad*-. A mí me buscan pero casi nadie me encuentra. Y no es que ande jugando a las escondidas, no. Pasa que me buscan sin ganas, sin amor... Yo soy amor -habló el *Amor* entusiasmado-. Vaya destino el mío.

Soy el hacedor del mundo. Ni un átomo, ni una gota de vida son posibles sin mi adicción. Pero cuando escucho decir que hay “amores que matan”, me pregunto para qué sirve ser tan amoroso... ¿Para o pará -preguntó, a su vez, *Para* un poco confundida-. Si soy pará -prosiguió- vengo del verbo parar. Paren un álamo, paren el cole, paren la oreja; paren lo que se les ocurra. Puedo servir de aguante a otras prójimas: paralelepí/pedo, para/lelas, parámetro. Ahora bien, si soy *Para* simplemente soy una mera preposición impertérrita, sin género, ni número... ¿Pero no les parece que ya basta de autopresentarnos; porqué no vamos al grano? -

interumpió *Pero*, visiblemente contrariado-. Si no, esto se nos va a ir al carajo, al recarajo -prosiguió-... ¿A moi? -se interrogó *Carajo*, con un olor a ajo que mamúa-. Pero, por qué me ponen ese *re* tan fastidioso por delante si no lo necesita mi documento de identidad... Tiene razón, tiene razón -agregaron muchas, afectadas por la misma muletilla-...

¡Por supuesto! -dijo *Supuesto*, mostrando su cartelito violeta-. Yo mociono que vayamos escuela por escuela, jardín por jardín, para que con los más chicos y con las más chicas, al menos en una primera etapa, recuperemos nuestras ganas de jugar... ¿Y si volvemos a las calles aunque nos sigan puteando? -propuso *Cháchara* tibiamente-... ¡Convoquemos a los poetas -pidió *Eureka*, himnica, himnica!-... Sí, pero a los poetas, poetas -asistió *Falacia*-. No a los que hablan por boca de los gansos.

## LAS CUARENTA

Para sacarse las amarguras de siempre. Para borrarlas de la cara donde le pega fuerte la diaria realidad; para ya no culpar a los espejos y, a falta de jabones jobiales, decidió untarse el rostro con diversos dulzores. Antes y después de afeitarse.

Se mermelaba de higo, de ciruela, de frutilla y de otros dulces más bien arte-sanales.

Al principio, comenzó a sentir ciertos cambios internos como si el alma le exhalara a frutal. Los lunes -por ejemplo- olía a manzanales. Los jueves sabía a duraznero. Los domingos le duraba un fuerte e irresistible aliento, parecido a las uvas.

Así, hasta que dejó de afeitarse. Y en dos o tres mañanas tuvo la sensación que sus primeros vellos explotaban con un plus de alegría. Y, después, en la espesura de su barba empezaron a picarle jilgueros y otros pájaros que, poco a poco, se le metieron en la cabeza para cantarle algo más que la historia de los cuarenta y tantos...

## EL TRANSPLANTE

Estando en emergencia nacional y, no habiendo “cuore” disponible, hubo que injertarle el corazón de un cuadrúpedo, de un potro atropellado en confusas circunstancias por un auto a velocidad supersónica.

El éxito del experimento, fue palpitado y festejado masivamente por dos o tres semanas, antes que el paciente abandonara, relinchando, el hospital rural.

Vaya tranquilo. Ya se le va a pasar -le dijeron los “cirujas”-. Pero los ataques de relincho se le venían cada vez más seguidos, en la mesa, en el baño y, sobre todo, cuando le pasaba cerca una mujer. Y no le quedó otra que alquilar y subirse a un caballo de paseo para disimular y aplacar el indisimulado fastidio del barrio.

—¡Yo soy cantor! -les recordó a los médicos verdaderamente contrariado-. Ahora que todo es posible, por qué no probamos con zorzales o con gorriones o con cisnes pecho rojo -los desafió- al borde de otro ataque de caballo.

## CAMINACION

Si pudiera caminar sólo por caminar, caminaría hasta olvidarme de mí, de mi pronombre. Pero salgo y, a poco andar, me asaltan preguntas que se vienen vaya a saber de dónde, preguntándome, quién soy yo para andar así -en primera persona- entre las alamedas ruidosas de gorriones.

Preguntas que bien pueden tirarse para más adelante o para cualquier otro día, cuando el viento insista en mi efimeridad. Pero algunas salen de mis adentros, duras, contundentes, y me quitan hasta las ganas de caminar recordando pasajes de mi niñez, cuando sí caminaba por caminar las verdes alamedas. Preguntas que ni vienen al caso y que ahogan esa alegría de ir más allá, inundado por la sombra de los álamos, que se pierden largamente en algo parecido al infinito.

Preguntas que se meten con uno, culpándolo, hasta por la gente que vive sólo para morir o para matar a espaldas de Dios que, tal vez, ni haya soñado nunca con estas largas y verdes alamedas.

## EL SEMI SER

Todavía no se sabe si es un perro medio caballo o un caballo medio perro. No sólo porque a veces ladra y otras relincha, sino también porque tiene crinudos parte del cuello y el final de la cola cabelluda. Sus patas traseras terminan en pezuñas redondeadas y la oreja izquierda y el ojo derecho son propios de un equino. Pero, además, sus órganos sexuales varían de tamaño según los días. Y sólo se alimenta de pastos amarillos.

—Podría ser que se tratara de un semi-perro vegetariano- arguyen algunos veterinarios atraídos por el color verdoso del animal.

Otros conjeturan que tal vez sea el resultado de un cruzamiento clandestino de una poni con un filo brasileiro. Y están los inconformistas de siempre, los investigadores de raza, que se han puesto a estudiar metafísica para ir hasta el origen de este semi-ser que a veces ladra y otras veces relincha por relinchar nomás.

## EL BICHITO DEL HAMBRE

En su origen, el bichito del hambre fue lo más parecido al bichito de luz, a una partícula luminosa girando en la oscuridad. Recién últimamente, la ciencia ha venido postulando que es un agente catalizador de la materia y de la anti-materia (de lo visible y de lo invisible). Premisa que sostiene que, al menos desde el *Big-bang*, las estrellas se fagocitan entre sí, inaugurando cósmicamente lo que más tarde sería el doloroso y festivo ciclo de la cadena alimentaria. Otras teorías afirman que en *illo tempore*, antes del gran estallido, hubo un gran apagón universal y el bichito de luz o del hambre fue el único exponente de una ínfima claridad.

También se sospecha que desde un primer día, Dios, por travesura o tal vez por una sensación de hambre repentina, le echó el ojo al bichito del hombre. Perdón, del hambre. Este es para *moi*, habría pensado, iniciando asimétricamente el mito celeste del perseguidor y del perseguido. Lo más grande y lo más ínfimo jugando a las escondidas en el vasto universo todavía inconcluso.

Dios mismo pudo haber caído en el vacío de no haberse detenido a tiempo en el borde de la creación, donde, a su pesar, comenzaría la nada irremediable. Se acabó lo que se daba- se habría

dicho fastidiado- un día que el bichito del hambre, burlonamente le pasó zumbando los oídos, despertándolo de un sueño fantástico en el cual no cabía la muerte. Sabiendo que el bichito volvería, disimuló seguir durmiendo y ¡paf!, cuando lo tuvo a su alcance, lo atrapó como a un chorlito, como una partícula de nada.

Te andas haciendo el vivo ¿verdad? –le habría reprochado-. ¿Y vos...? –habría alcanzado a balbucear el bichito- antes de ser inspirado hasta las entrañas del todopoderoso, donde parece, no hacia ni frío ni calor. Es decir, no había temperatura; pero si, una suerte de paraíso. Y aprovechando ese ambiente, le dio por proliferar, por agrandarse indefinidamente. Dios, temeroso, habrá querido vomitarlo; pisotearlo como a una incipiente y futura cucaracha. ¡Oh, Dios mío! -habría exclamado-. Y al bichito del hambre le habría parecido raro que Dios se invocara a sí mismo. Y más que amedrentarse, se valió de tal exclamación, para liberarse, para retomar su autonomía de vuelo. Y pareciera que desde ese momento, ya ni Dios pudo con él. Tanto así, que el bichito del hambre, por pura autodeterminación, se convirtió no sólo en un principio de vida, sino también de muerte.

Acaballo en un neutrino, el bichito del hambre habrá llegado por estos lares, quizás desde antes que la tierra se hiciera una bola. Adhiriéndose indisolublemente a las primeras partículas de H<sub>2</sub>O. Y del agua creció más agua. Y del viento más viento, hasta rodearse la tierra de mar. Desde entonces el

bichito del hambre se camufló en todos los seres vivientes que en el mundo han sido. Muchísimo después, en el Jurásico, por ejemplo, habría adquirido un aspecto por demás grandilocuente. Y recién con la llegada del *homo* terminaría de conformarse. Con el *erectus*, el bichito o alguna de sus variantes habrían mutado en otras direcciones. Y con el *sapiens* habría empezado con los primeros síntomas de un hambre de nostalgia, de inmensidad; de un hambre de más hambre.

Este bichito -como todos los seres- hasta entonces carecía de nombre; era inocente. El *sapiens* puso en el león (que tampoco tenía ningún nombre) esa ferocidad que tal vez el bichito nunca tuvo. Y en noches de luna, el rey de la selva, cada vez con mayor insistencia, habrá presentido que tarde o temprano, el *homo* ese ser tan reciente, y extraño; distraído por las estrellas, vendría a desgarrarle el corazón. Ese dupido –inferiría- olfateando sus huellas que entraban y salían del agua siguiendo y persiguiendo algo más que pasar el tiempo, vendría a darle lucha.

Y en el claro-oscuro de una noche se habrán visto por primera vez. Instante de fulgor, en el cual el *erectus* terminaría por trocarse definitivamente en *sapiens*, culpando a la bestia de todas sus desgracias.

Y el bichito de hambre terminaría de modelar su verdadera cara de hereje, sufriendo una nueva

mutación, una tara hasta ahora incorregible  
¿irremediable?

Lo demás es historia. Ahora mismo, echado sobre un montón de hastío, indefinidamente preso, lo que queda del *leónido* está mirando a los demás bestiaros, a los niños famélicos, a los ríos potables, matados por una muerte absurda, innecesaria. Y en cualquier parte, perros y madres peleando por un tacho de basura, mientras los asesinos impecables, hacen número, computan. Navegan en ciudades flotantes ordenándole al bichito del hambre que engulla, que vaya por más; que mate hasta el último sueño de Dios. Pero el bichito, nostálgico, antes, mucho antes, volverá a su inocencia. Vertido en colibrí. Picando en el agua. El picaflor.

## EL HORMIGON ARMADO

Este hormigón, además de grande, grande y otra vez grande suele andar armado con un palo azabache, con el que por las noches sale a dar batalla a la microbiótica ambiental que le impide soñar durante el día. Sueños tan inmensos e inabarcables que harían falta millones y millones de hormigones y de hormigonas como él y, de un tiempo casi infinito, para llevarlos a cabo. Hace unas semanas soñó, por ejemplo, que viviría tanto como fuera posible para comerse poco a poco, toda la tierra y beberse toda el agua de los ríos y de los mares. ¿Se imaginan cuánto tiempo se necesitaría para cumplir con tal sueño, dada la minúscula porción que pudiera consumir cada día? Pero esto al hormigón armado no le preocupaba demasiado; pues mucho antes, ya se había soñado inmortal. Y para los inmortales el tiempo no existe.

Por ratos, se divertía imaginándose ¿qué iban a hacer los demás seres, sobre todos los humanos, cuando no les fuera quedando tierra en que pisar, ni agua en que mirarse tan siquiera? Porque la tierra a medida que él la consumiera y la exhalara en forma de caca, se iba a ir convirtiendo en un polvillo que el viento se llevaría fuera de la estratósfera. Y en cuanto al agua, luego de orinarla se desvanecería en el aire simplemente.

Yo mismo ¿qué haré -se preguntaba- ya sin tierra y agua disponibles? Bueno, ya para ese entonces me habrán crecido alas todopoderosas que me mantendrán indefinidamente flotando en el vacío. Pues irme a vivir a la luna, imposible. Porque ni bien la tierra la achicara y se hiciera más pequeña que la luna, ésta sería atraída por el sol y se iría a girar quién sabe adónde.

Pero, bueno. Basta ya de pensar en un futuro tan distante. Ahora mismo que hay luna llena, voy a salir a darles pelea a eso microbióticos que no me dejan soñar en paz lo que me da la gana. Y como a simple vista no podía verlos, se había agenciado un pedazo de mica que insertó en la punta del palo azabache para que hiciera de lupa y de linterna infalibles, de modo de no gastar palazos por nojar nomás. Y esa misma noche, bardas adentro, ya casi de madrugada, terminó medio electrocutado por un cable de alta tensión al que se le había ocurrido subir, persiguiendo a una bacteria re-rebelde. Y se puso tan eléctrico que parecía una luciérnaga despistada. Hasta que los primero rayos del sol le devolvieron su identidad. Y enseguida se preguntó si millones y millones de hormigones y hormigonas armados consumiéramos las selvas, los bosques, los valles y dejáramos inválida la tierra. O ésta fuera destruida por cualquiera otra catástrofe impredecible, esos extraños bípedos, ¿Estarían preparados para irse y elegir otro lugar habitable lejos, lejos, en el upite del mundo, por ejemplo?

## LA VAQUITA PEQUINES

Entre los bestiarios habidos y por haber -entre el dragón chino y el unicornio azul- porqué no incluir, también, a una vaquita amorrugada, devenida en pequinés, suave como un peluche y con una mancha blanca en la frente resaltando su añorosa mirada.

Seguramente los realistas empedernidos cuestionarán la existencia de esta vaquita de jardín o la emparentaran burlescamente con una versión amplificadora de la vaquita de San Antonio. Sin embargo, ésta soñada pequinés tiene tanta existencia como cualquier aberdeenangus, mal que les pese a los materialistas. Pues los sueños, si bien carecen de espesor, tienen una profundidad que sólo las palabras pueden sacar a flote. Y créase o no, de aquí en más esta micro-vaquita seguirá funcionando como una mascota requerida rumiando bajo las estrellas de la noche y, de día, mirando a los pájaros, a los gatos y a quienes mal hablen de ella como si no fuera un ser de este mundo, sólo porque no exhala mucha sombra.

## EL VIENTO

Donde vivo, aquí también, desde la edad de piedra, el viento sabe que es viento. Aquí, *in illo tempore* el *homo* deambularía hasta que pudo darle algún nombre a la luna, al sol, o a los pájaros parlantes que le revoloteaban como a un extraño anfibio. Después, cuando el fuego alumbró los primeros rostros o la primera flecha ensangrentada; cuando los pies entraban y salían de las cuevas para matar el tiempo. Aquí, donde vivo, alguien, también, habrá tirado la primera piedra hacia el vacío. De ahí en más, el *homo* semillea, mata, deambula, vuela, canta, computa; y le hace la guerra a los espejos de la muerte.

Pero aquí, el que existe desde siempre es el viento que sabe todo lo que hay saber y lo que habrá que saber de lo sabido. Aunque, a veces, aquí, donde vivo, el viento corre y vuelve como preguntando por preguntar por Dios. ¡Oh, por Dios!

## EL ACOSO

El viento. Acosándome como un perro invisible para que cuente algo que valga la pena de alguien: de una flor, de un sueño o de mí, atrapado por este tiempo que corre hacia la nada. Y qué contar que no sea un cuento de terror. ¿Agarrar para el lado de mi niñez y adentrarme en las bardas como quien camina hacia el abismo? Pero ya no hay ni abismos. Hay sólo basurales rozando los cables de alta tensión. Aún así, ¿seguir la línea del horizonte? ¿Avanzar hasta volverme extraño a los demás?: a las liebres, a los avestruces, a los guanacos baleados por un *chip* en las caderas.

Anocheciendo, seguramente, los satélites -como zopilotes- aparecerán espionando para que no se prenda ningún fuego sagrado y se vuelvan a contar historias fuera de las torres de control.

## RETROSPECCIÓN

Arriba, desde las bardas, la ciudad es una extensa y sucia instantánea usurpando la claridad del aire. Y a veces, desde ahí, se la mira como si no tuviera historia por delante. Allá el puente, el río, allá la ruta, se indica con las manos.

Yo también subo, a veces, a soñar hacia atrás cuando el valle era un mar sin que nadie a la vista. Después, quizás, un paisaje boscoso, fantasma, con los primeros pájaros migrantes.

Y me pregunto cómo llovería en ese entonces, mucho antes de los dinosaurios, cuando eran el día y la noche nada más y las estrellas brillando inútilmente, hasta que una bípeda y extraña criatura se le dio por mirar hacia arriba y a otras partes como trayéndose algo entre el cielo y sus manos.

## **¡MIERCOLES!**

¡Oh, miércoles, sin pájaros!, qué va a pasar mañana cuando no sea lunes; qué va a pasar sin jueves. En serio, que va pasar con las preguntas sueltas y nadie salga a deshuevoar el vuelo de la nada.

Cuando llueva de atrás para adelante, qué pasará si nadie baja a com-puta-r la arena. Por si o por no, qué pasará sin perros por la tarde.

¡Oh, miércoles!, no más preguntas hasta pasar por martes.

## COSMOGONIA GRU-GRA

A Frida y a Kiara

En algún lugar de Groenlandia existen los Gru-gra. Pequeña comunidad descendiente de parte de una expedición - al mando de Erik el Rojo- , extraviada en las áridas tundras del Ártico hacia fines del siglo IX. Salvo ciertas habilidades para la caza, aprendida de los esquimales, los Gru-gra mantuvieron sus costumbres nórdicas e, incluso, inventaron un alfabeto, basado en cinco sílabas madres: gra-gre-gri-gro-gru. Silabeo con el que desarrollaron interminables juegos del lenguaje, acompasados por una rítmica que permite "mover el esqueleto", mejorar la circulación de la sangre y, de paso, soportar menos penosamente las abrumadoras y gélidas noches polares.

Las grafías /g/ y /j/ -ineludibles al comienzo de cada vocablo- les ofrecen una amplísima gama de sonidos y colores guturales, modulados según el ánimo y la posición física al momento de la emisión. Pasatiempo que también les acompaña en los trabajos por la mera subsistencia y les da la posibilidad de nombrar cada cosa de las más diversas maneras. Tal el caso del sustantivo nieve para el cual tienen más de cincuenta nombres distintos; o del perro según esté cazando, tirando el

trineo, comiendo o mirando la luna.

Anualmente, en un rito o ceremonia pública, se recuerdan que Jrodt, (dios o diosa de los Gru-gra), en un fugaz paso por estos lares, imaginó un esbozo de todos los seres vivientes que, con el devenir del tiempo, habitarían la tierra. Por naturaleza todos serían inocentes, sin la más mínima facultad para dudar y, menos aún, de interrogarse acerca de la existencia o inexistencia del mundo. Sin embargo, por un descuido de esta divinidad en la confección del destino humano y que ahora podríamos traducir como una falla en su ADN, este ser contó, innatamente, con el poder del habla y, con él, las demás facultades negadas a las otras criaturas: dudar, interrogar, alabar, maldecir, cuestionar, mejorar, construir y destruir las hechuras del mundo.

Tratando de remendar el acto fallido y, para recompensar en algo la enorme desventaja de los demás seres respecto de los humanos, Jrodt maldijo a éstos con el pecado de la estupidez. Especie de virus que apuesta más al desamor que a la amistad; más a la destrucción que a la construcción de este y otros mundos posibles.

## MÁS ALMA QUE CULPA

Le sobraba el alma por todo el cuerpo. Por los brazos, por los pies, por los dedos, por el pecho; por las orejas. No había mamelucos ni camisa de fuerza que se la pudieran contener. El alma le seguía y le seguía saliendo por los poros y le rompía hasta los chalecos a prueba de balas.

—¡Qué voy a hacer, qué voy a hacer! -se preguntaba-. Y hasta pidió un préstamo para comprarse un traje de astronauta. Con casco, máscara y guantes incluidos. Pero, inútil. A la semana de prueba el traje se le hizo huilas estallando contra el viento. Menos mal que fue un domingo bien temprano, cuando todos duermen y él sale a andar en bici por las chacras.

—Qué mierda hago ahora -se dijo-.

Y empezó a compartirla con los demás -sintió que le decían en el sueño-. Y los zorzales y la calandrias y los gorriones le hicieron una tupida ronda a su alrededor hasta llegar y adentrarse en el río. Y anduvo y anduvo sobre las aguas repartiendo su almismo en bicicleta.

## ANTES QUE NADA

De su origen, nada se sabe. Quizás por eso las preguntas son tan gordas; tan vírgenes. Pero el alma ¿no habrá comenzado siendo una minúscula pajarita, ciega y ubicua girando en la oscuridad? No ha mucho -unos miles de millones de años luz- se dice que solía a vagar por lo que hoy vendría a hacer la órbita de Júpiter. Al menos, eso sostienen todavía hoy los Madura, tribu de la costa norte de Java. Dormía y dormía hasta que empezó a despertar y a soñar de tanto en tanto, como para ver lo que soñaba, a pesar de su ceguera. Así de repente se escuchó diciendo: sal, sol; sol, sal. Y lejos, muy lejos aparecieron astros luminosos bastante parecidos a sí mismos. Por primera vez, la pajarita sintió calor; y una sensación de flamante claridad le embargó las alas. Por un tiempo inmedible vagó atrevesada por una luz intensa, abundante, que le proponía conocer todo el universo, con tal de no acercarse demasiado a cada estrella incandescente. Así fue como la pajarita se impregnó de mundo y el mundo se impregnó de la pajarita. Y todavía hoy, los Madura creen que el mundo, que todo lo que existe, antes que nada, es un puro almismo.

Pero con el de venir del tiempo, también incalculable, los astros se consumieron en su propio

resplandor. Y a la pajarita le dio por alicaerse; por cenizarse, se podría decir. Y a medida que caía en la nada -atraída por una suerte de bajación- la oscuridad se hacía más espesa, más extravagante. Casi llegando al fin de la oscuridad, un tremendo estallido la paralizó. Pánico, sólo pudo exclamar: ¡cielo! Y al instante, el espacio vacío volvió a llenarse de estrellas, de galaxias, ordenadas según su porte y espesor.

Vaya a saberse por qué, después de ese suceso, la pajarita se hizo invisible, neutrina. Los Madura creen que se volvió mágica. Y vivaz y juguetona, se fue a buscar a Dios, hastiado, por no tener con quién divertirse. Y sobre todo para darle esperanza, remedio que refresca la eternidad. Sin embargo, los Madura no se animan a afirmar si Dios o la pajarita; o si juntos terminaron de redondear la tierra, la luna y los demás astros y seres disponibles. Pero, por algo -dicen- sólo los chanchos no miran para arriba.

## POR NOJAR NOMAS

Este es un micro-informe de un suceso extraordinario que imprevistamente ocurrirá recién en el 3.050. Pero es bueno que se vaya sabiendo desde ahora para no matar del todo la esperanza.

Hacia fines de junio de ese año, un eclipse total de sol produjo la noche más larga y oscura del planeta. Nunca se sabrá si fue un acontecimiento real y provocado por una extraña refracción de rayos ultravioletas en los bordes del sol, si fue un gigantesco simulacro virtual. Si a pesar de los observatorios hipertélicos fallaron los controles. O si algún fenómeno aleatorio, azaroso, burló los radares de todos los sistemas de alertas meteorológicos.

Sin solución de continuidad, la pavora mundial trocó en éxtasis cuando, de la noche, unánime, apareció incipientemente la silueta de un inmenso arco-iris que creció y creció hasta formar un círculo completo, jamás avistado. Todos pensaron en una luna descompuesta: una ilusión óptica. Pero cuando la *moon* también apareció en escena, el flamante espectáculo desbordó todos los límites imaginables.

¡Qué estaba sucediendo por primera vez! ¿Un milagro? ¿Una mutación cósmica? ¿Se habían quebrado las leyes de la física? ¿Era el espectro de una abundancia de imaginación? ¿De una locura en

masa? Estos y otros interrogantes titilaban en los enrojecidos ojos de los que estaban soportando tamaña aparición.

Miles cayeron fulminados; otros tantos sufrieron una especie de *delirium tremens*, creyendo que se venía el fin del mundo y se alejaban despavoridos, vagando por los campos, ya sumándose a los Jinetes del Apocalipsis, ya cantando aleluyas a la renaciente “estrella de Belén”.

Ni el retorno del sol logró desvanecer esa esfera inaudita de un porte dos veces menor que la luna y girando equidistante entre ésta y la tierra. Lo real maravilloso se exacerbaba cuando a ciertas horas del día o de la noche sus colores se multiplicaban como una sumatoria de arcos-iris: uno dentro de otro, otro dentro de uno.

Los expertos desestimaron la idea de un prodigio, argumentando que el desaforado cambio climático estaba produciendo una imperceptible pero persistente e incontrolada evaporación marina filtrándose a la exósfera que al saturarse produjo tal efecto encantatorio. Sin embargo, la gente ya no se podía de tan entusiasmada, reduciendo sus horarios de trabajo drásticamente.

El *rating* de los programas de televisivos cayó a dos o tres punto. Casi todo el ocio se regalaba al cielo y a sentirse también extraterrestre.

Más extraño aun, más insólito, resultó que el mundo animando poco a poco comenzó a intensificar su sensibilidad.

La flora parecía inquietarse y responder virulentamente ante cualquier agresión innecesaria, exhalando energías que paralelizaban a los victimarios.

La fauna, desde los pájaros, hasta los lobos marinos, salvo el bicherío menor: amebas, hormigas, cascarudos, mosquitos, etc. también cambió radicalmente su comportamiento. Y tanto los carnívoros como los herbívoros comenzaron a alimentarse de aire nuevo, altamente enriquecido por el 3V3, compuesto vitamínico, atmosférico que, diluido en agua, hacía desaparecer el hambre o las ganas de engullir alimentos sólidos.

Pero el colmo de este cambio de costumbre se produjo en los seres humanos, alterándose drásticamente su añejado metabolismo. Y el comer por comer fue remplazado por otros apetitos. Y el más fuerte de ellos se reveló como un hambre de amor por todo lo viviente. Algo así como un hermanamiento.

## MIEDOS

Hay gente que le teme a las arañas, a los sapos, a los ratones, a los murciélagos; a una culebra inofensiva. Yo también le temo a ciertos bestiarios, sobre todos a altas horas de la noche, cuando el silencio hace algo de las suyas. Pero lo que más me inquieta es el teléfono. Porque si Dios existe, algún día, tal vez, pueda llamarme. Y no creo que me llame sólo para decirme: bueno, ya es hora de que entregues tu guitarra.

Supongo que también para hacerme algunas preguntas: Si he sido feliz, por ejemplo. Y le tendré que responder que no: que la felicidad es una insensata estupidez, mientras un solo niño se muera por los ojos. Y Dios, quizás, haga un largo silencio y, al fin, me colgará; dejándome más dudas que luz, entre las manos.

## TANTO MUNDO

*Tengo una terrible necesidad  
¿diré de palabras? De religión.  
Entonces salgo por la noche y pinto las estrellas.  
Van Gogh*

De los numerosos atributos de Dios, dos o tres: todopoderoso, demiurgo, omnisciente ¿lo pintan de cuerpo entero? Si éstos son sus modos de ser o de aparecer, tal vez no sea demasiado tarde pedirle que deje sin efecto el segundo principio de la termodinámica, por el cual, todo lo viviente está destinado a la dispersión o a la desaparición definitiva .Habiendo él mismo creado tanto mundo, la vida también podría tener más posibilidades de ubicarse, de perpetuarse indefinidamente. ¿Qué puede costarle a Dios hacer vivibles otros espacios cósmicos; potenciar la vida hasta llevarla a las cifras de un *gugol*; es decir colmarla de infinito? ¿Quién o qué puede impedirle modificar los estatutos que llevan a una muerte no deseada? ¿Por qué no hará prevalecer lo mágico? Y alguien que esté por fenecer, queme naves, aborde un micro-sueño y aparezca paseando por Andrómeda o cualquiera otra escala de este vasto universo que no termina nunca... Una criatura hastiada de sí misma ¿no puede prolongarse en pájaro, en río, en árbol saludable? ¿En nombre de qué metafísica el pez más grande hace de las suyas, si al cabo también

dará en la muerte? ¿No se podrá bailar sin devorarse a nadie? ¿Si nacer es lo sumo, si vivir es maravilloso, para qué tanta efemeridad, para qué tanta eternidad vacía? ¿O todo ya es cosa juzgada? ¿Cuál es el sentido entonces de inferir que la Vía Láctea tiene unos trece mil seiscientos millones de años, si la vida apenas es un apenas?

Un Dios vigente, desneutralizado, algo podría revertir: limpiar de asesinato al *homo*, por ejemplo, sería una medida de tercer o cuarto orden y, de paso, lo acercaría más a su imagen y semejanza. ¿No es un error dejar todo al libre albedrío? ¿Dejar que la materia haga y deshaga? ¿O Dios qué? ¿Ha muerto en su primer intento? Sus rastros, sus restos ¿nos llegarán un día a bordo de esos viajes que se hacen al vacío?

## ACTORAL

Me llamo Edipo Ulises Reyes. De tanto en tanto sueño que me arranco los ojos y los tiro a la basura, donde los gorriones se los comen trinando. Otra pesadilla recurrente que todavía me persigue es de una vinchuca que se me esconde en el puño cerrado de la mano derecha y, por más que me esfuerzo y me desespero, no puedo abrirlo hasta que la vinchuca se convierte en araña pollito y, caminando por uno de mis brazos, me pía cerca del oído. Otra cosa que me pasa muy seguido es que sobreactuó muchos de mis sueños. Juego al fútbol, boxeo, corro a caballo, nado. Y casi siempre voy a parar abajo de la cama o doy con mis costillas en la mesa de luz. Mi mujer, pobre, suele dormir con rodilleras y hasta con casco de protección. Además, cada vez que hago viajes de larga distancia soy un peligro. Más de una vez salí dormido a jugar pelota entre los pasajeros, puteando al referí o festejando un gol de media cancha porque en la realidad una vez hice un gol así. En el último viaje -por no haberme ajustado el cinturón- le di tal patada a una viejita en un tobillo que los choferes me obligaron a bajarme del micro y abandonarme en una comisaría, tipo tres de la mañana.

Pero ya desde chico sobresalía por mi histrionismo. Y el hacerme el enfermo o el enculado, sin hablar con nadie por dos o tres días eran mis

sketches preferidos. Todavía recuerdo la actuada que me mandé para llamar la atención de una compañerita del primer año del secundario. Esa no tuvo desperdicio; todos se la creyeron. Hasta el intendente municipal que, desde entonces, comenzó a preocuparse por la alcoholemia estudiantil.

Resulta que era el día de su cumpleaños y se lo festejaríamos en su propia casa. Dos horas antes que se partiera la torta y se cantara el feliz cumple, ya lo tenía todo maquinado. Y así fue. Después de los brindis y de la música al mango, ¡paf!, me dejé caer en medio del baile como si alguien me hubiera fulminado. El griterío de las mujeres sobrepasó el alto volumen del sonido. ¡Edi, Edi, se desmayó el Edi!

Paren la música, bolas, que éste parece que ni respira, -gritó- el líder del grupo, mientras acercaba su oído a mi corazón y con cierta torpeza me tomaba el pulso y me cacheteaba.

—¡Edi, Edi, reaccioná, boludito! Pero yo, durazno, con los ojos y la boca cerrada.

Alarmados, histéricos, algunas llorando (menos la cumpleañera), decidieron llevarme al hospital.

—No vaya a ser que sea algo grave, -se lamentaban-. Abrigándome con una brazada, me levantaron y me metieron en una Ford doble cabina.

—¿Pero tiene pulso?, -quiso confirmar el que manejaba-.

—Sí, pulso tiene, -contestó el líder que me llevaba en el asiento trasero, con un brazo sobre mi hombro y con la otra mano apretándome la muñeca derecha-.

—Ojalá que sea el pedo y nada más, que si no, no sé de qué nos vamos a disfrazar, -agregó un tercero que hacía de copiloto-.

—¡Callate, no hables así!, -le reprochó el líder-.

—Pero yo no vi que haya tomado tanto el Edi, -siguió el del volante-.

—Pasa que éste anda tan mal comido que hasta el olor a meo lo marea,-cerró el líder-.

—¡Oh, el primer crudeli de la noche!, me abarajó el médico de guardia, mientras me acomodaba en la camilla, me habría los ojos y me pulseaba el corazón.

—¿Qué tiene, doctor, qué tiene?,-corearon ansiosos mis compañeros-.

—¿Una mamúa inaugural tiene. Por qué no le paran con el alcohol, che.

—Divertirse no es emborracharse, boludines, -setenció-. Y comenzó a sobarme y apretarme la panza hasta sacarme quejidos que me hicieron pedar.

—Ah, lo único que faltaba; que te cagues ahora, -se burló-. Y, por un pelito no adherí a la nerviosa risotada de mis compañeros.

—Bueno, vamos a darle algún brebaje y a dejarlo en observación unas dos horas, -les dijo-, dando unos pasos hacia el botequín y volviendo hacia mí, con un jarabe que me hizo tragar, forzándome, y que me supo a barro podrido. Después dio algunas indicaciones para que me llevaran en la camilla y me hicieran el aguante en el pasillo, donde, justo, de reojo, en un reloj de pared vi la hora: cero treinta. A las dos y cuarto -calculé- me siento y hago que deliro. Y así lo hice, llegando a las dos y veinte.

—¡Eh, eh, por qué pararon la música!, -exageré sobresaltado-.

—Edi, Edi, calmate, boludo, que estamos en el hospital,-alcanzó a decir el líder-, cuando apareció el médico que venía de una de las recorridas por las otras salas.

—¿Dónde se cree que está el señor?, -ironizó-.

—Todavía cree que está en la fiesta, -respondió el líder, rodeado, también de otro grupo de compañeros, recién llegados.

—No, no, que responda el mismo, -dijo el médico acercándose a mí-.

—Dónde está el señor, -repitió-.

—Estoy... en mí..., -contesté entrecortado-.

Ah, gracioso el señor también, (rieron).

—¿Cómo te llamas?

–Ulises, Ulises Reyes, ¿por...?

–Por pelotudo. Abríguenlo bien y llévenselo.

–Gracias, doctor, gracias, doctor, -corearon-.

Era por junio y afuera la helada quemaba las manos.

Otra. Para salvarse del servicio militar, un año antes de que dejara de ser obligatorio, me doblé los párpados para arriba y me los pegué bien pegados con unas gotitas del mejor pegamento. Compré unos anteojos oscuros y ya, casi llegando al batallón, me hice el que no veía casi nada.

–¡Edipo Ulises Reyes! Pase, escuché llegado mi turno.

–A ver. ¡Sacate esos anteojos!, -me ordenó el revisor oculista-. Al sacármelo, dio un paso atrás, sin disimular su repulsión.

–Qué te pasó, ¿Te colgaron de las pestañas?

–Es de nacimiento, -respondí-.

–¿No te han hecho operar?

–Una vez, pero al poco tiempo me volvió.

Dudoso, con unas pinzas parecidas a las de depilar, me urgó primero el derecho y después el parpado izquierdo. Pero el pegamento aguantó bien, hasta hacerme lagrimear.

—Sólo los maricas lloran, -comentó-. Y dejó de escarbarme. Acto seguido me puso frente a una pizarra, con letras y palabras, mayúsculas y minúsculas. A dos metros y medio de distancia, más o menos. Y yo deletreaba o leía cualquiera.

—Tenés problemas con las consonantes, -dictaminó- ¿O nunca aprendiste a leer?

Luego, sentándose al escritorio, comenzó a redactar una suerte de parte médico y, antes de ponerlo en un sobre cerrado, alcancé a pispear: no apto para el servis...

La última. Días atrás, volví a caerme de la cama. Esta vez soñando que me perseguía un minotauro (porque no siempre sueño con seres reales); que se me venía como si fuera un toro verdadero y, por esquivarlo, di con mis costillas en una esquina de la mesa de luz, al tiempo que el minotauro saltaba por la ventana, yo me quedaba sin respiración, quejándome y soportando los retos de mi mujer: ¡que ya no sé que esperás para ir a un psiquiatra y que te saque esas pesadillas de encima!

Como el dolor me siguió, decidí ir al hospital. Al que no iba hacía por los menos tres años. La cuestión que el lunes pasado a las siete de la mañana ya estaba haciendo cola y eran más de las once y todavía no me atendían. Fastidiado y hambriento, decidí desmayarme. Esperé el momento que reapareciera una enfermera que iba y venía por el pasillo atiborrado de pobrerío. Apenas la vi, a

unos veinte metros, ¡pum!, tambaleante, me dejé caer al piso, golpeándome adrede la cabeza como para quedar un poco conmovido. Pero parece que se me pasó la mano.

—Pulso lento, -diagnosticó la enfermera-, dándome los primeros auxilios: desabrochándome la camisa, abriéndome los ojos, acercándome la mano a la boca, etc.

—¡Una camilla, que traigan una camilla!, -ordenó- Y yo mutis, tratando de pensar dificultosamente cómo la seguía, ¿me daba para hacerme el sordo, el mudo, el tarado, el hipocondríaco?

—¿Anda solo este hombre?, -preguntó a los que se habían amontonado-.

—Parece que sí. Hace horas que se sienta, se para y si pasea intranquilo, -dijo una voz masculina salida de un cuello enyesado-.

—¡No hay camillas disponibles! Todas ocupadas, -se escuchó que informaban desde adentro-.

—¡Qué vergüenza!, -fue el comentario generalizado-.

—A ver. Dos voluntarios por favor, para llevárselo a la guardia y que lo vea el médico.

Enseguida, el enyesado y otro muchachón, siguiendo las indicaciones, me tomaron de los sobacos y de las piernas (-con cuidado, por acá, por acá, guiaba la enfermera-) y, haciendo unos treinta

metros de recorrido, un médico nos salió al encuentro, tomando la posta del enyesado que me traía de las piernas y, entrando a la guardia, me acomodó sobre una camilla fija.

—¿Otro regalito, Claudia?

—Sí, doctor Burman, otro regalito desmayado en el pasillo.

—Déjame lo nomás. Cualquier cosa la llamo.

Rápidamente, repitió la rutina de los signos vitales, colocó se estetoscopio sobre mi pecho y comentó socarronamente.

—El sapo palpita. Vamos a ver si croa. Tal vez, uno o dos pinchazos lo hagan cantar.

Y ante la amenaza de dejarme en observación, poniéndome suero por goteo, hice que me despertaba de golpe, saltando de la camilla y preguntándome asombrado: ¿dónde estoy, dónde estoy?, poniendo la mirada lo más lejos posible.

—Cálmese. Y vuelva a recostarse por favor, -tomándome de los brazos y volviéndome a la camilla. Está en el hospital y yo soy el doctor Burman, -agregó-.

—¿Cómo se llama?

—Ulises Reyes.

—¿Edad, Reyes?

—Cuarenta.

—¿Qué le anda pasando a los cuarenta?

—A mi nada. A mi alma tal vez.

—¿A su alma? Pero aquí no curamos almas. Se equivocó de lugar creo. Pero qué... ¿se siente mal de ánimo? ¿No ha ido con algún psicólogo?

—¿Curan las heridas los psicólogos?, -le pregunté- en tono de reproche, al tiempo que me levantaba la camisa, mostrándole el moretón que tenía entre las costillas, cerca de la columna vertebral, a la altura del corazón.

—¡Epa!, tenemos un hematoma, -dijo-, mientras pasaba la mano sobre esa superficie. Cómo fue ¿un golpe, una caída?, -agregó-.

—No doctor. No me he caído ni me han golpeado. Se me hace que son los aletazos del alma que se me quiere escapar por ese lado.

Cagamos -sentí que pensaba-. Místico más hipocondíaco igual a...

—Así que quiero que me mande a hacer una resonancia magnética, -le corté en su meditación-.

—¿Una resonancia? Pero la resonancia detecta algo orgánico, físico...

—Si el alma existe, doctor, también tendrá su física o su energética, -le refuté-.

Mierda -me pareció que pensaba-. Este sí que se las trae.

–Mire, yo podría ordenarle una resonancia. Pero no creo que le sirva de mucho para su alma. Sí va a detectar posibles lastimaduras internas, causadas por algún golpe que usted, tal vez se dio por ahí, hasta durmiendo.

–Doctor, yo soy de los que piensan que el alma, como cualquiera otro órgano, también se puede donar. Y yo, antes de que sea demasiado tarde, quiero donar la mía en vida y no después, cuando ya no sirva para nada. Por eso quiero saber si está sana o más o menos podrida, -dije haciéndome el ofuscado-.

–Bueno, Reyes. Tranquilícese. Le voy a ordenar una resonancia. Pero también quiero que vaya a ver un psicólogo.

–Yo, también le aconsejaría lo mismo, -alcancé a decir, antes de desmayarme, por el efecto retardado del golpe en la cabeza.

Cuando desperté, sobre la camilla, el médico todavía estaba ahí, como buscándome liendres entre el cuero cabelludo.



# **DIVERTIMENTOS**



## LA FIESTA DE LA AMISTÁ

Arriba en las veranadas/pasando Cuyín Malal/se ha visto la animalada/hacer más de una poblada/por falta de pastizal.

Pero aquí se va a contar/-sin nada de fantasía/-el tema de la sequía/que siempre trae algún mal/sufriéndolo por igual/los más pobres y sus crías.

Un año que no llovía/y no habiendo qué comer: “Algo tendremos que hacer”/dijo el zorro a la asamblea. /“Y aunque haya algunas peleas /por falta de democracia, /es muchos peor la desgracia/de morirse en nuestras cuevas”.

Y para anunciar *la nueva/a* los demás compañeros, /se ofrecieron unos teros/y también una cigarra/que a la hora de la siesta, /de manera manifiesta, /hizo sonar su chicharra.

Un piche con antiparras/y tal vez por un casual, /cayó preguntando ¿Cuál?/era el tema de la farra.

Y al oírse las guitarras/que se estaban afinados, /se bailó un gato y un cuando; /luego le siguió un zorzal/que del alto de un sauzal/llenó la tarde cantando.

Así, de pronto llegando /la noche como un corral, /en donde hubo un manantial/-sobre la tierra baldía-

/fue creciendo la alegría/de ese sentir comunal/dando rienda al del costal/sin perder su rebeldía.

Previendo la algarabía/un chivo, medio cabrón, /se largó con un sermón/propio de comisaría. /Y por la virgen María/rogó que en la reunión/nadie empuñara el facón, /por si todo se pudría.

Un guanaco todo flaco, /oriundo de Auca Mahuida, /se retuvo la escupida; /y en un tono de amista/pidió que cunda la paz; /y para hacer el *aguante*, /se ofreció de vigilante/con unos, dos o tres más.

Un avestruz bataraz, /afirmada en sus muletas, /habló “que las escopetas/también estaban demás, /y si no, mírenme atrás /-dijo- dando una vuelta completa. /y del trasero a las tetas/mostró una herida locuaz.

Pero que siga nomás/El bailongo decidido/-continuó- y un cóndor/de los Chihuidos. /-con su vieja verdulera-/hizo bailar chacareras/hasta a unos patos tullidos.

Vinieron vales, corridos; /y no faltó un pericón/bailando por un montón/de sombras desfiguradas/por la crueldad retrasada/del tiempo de Cromagnon.

Fueron la revelación/pudúes en camiseta/haciendo un poco de metál/y algo de rock

fantasía, /cambiando las baterías /por un *solo* de trompeta.

Una mara toda inquieta, /con unas copas de más, /iba de aquí para allá/buscando algún compañero/para bailarse un bolero/que le quite soledá.

“La verdá de la verdá/El mundo fuera mejor”/-dijo el zorro animador/en un pequeño intervalo-/cuando de arriba los palos/dejen de caer tan duros, /se hará la paz, y el futuro /será mucho menos malo.

Al costado, en un rincón, /animando un truco gallo/un loro color zapallo/mentía y cantaba flor /con cierto acento de guapo; /y entre jugada y jugada, /“estoy ciego” comentaba /para que oyeran los sapos.

La luna y la inmensidá/al pie de la cordillera/hacían más verdadera/la fiesta. Pero en plena claridá, /bajando de una ladera, /llegó un puma con tijeras/afiladas, y en acoso/tomó un cordero mocososo/que andaba jugando afuera.

Un jabalí bien linyera/Se le vino como ají. /le estornudo en la nariz/y pelando sus colmillos /le hizo sentir su cuchillo /tratándolo de infeliz.

Fue la cosa tan así/que los ratones y un cuis/se cruzaban como un rayo. /Algunos, a los caballos/se subieron de un amén, /esperando cómo y quién/ganaba este desafío.

Pero todos, trapos fríos/pusieron, y para bien/escucharon al pidén/que aclaró la confusión:/y que tal invitación/no le llegó por correo, /encargado a un benteveo /que perdió la dirección, /a causa de un ventarrón/que lo agarró en los faldeos.

¡Vieran al tierno borrego!, /de las garras renacido, /dando besos, aturdido, /y sin saber ni quién era, /fue a mamar de una ternera, /apenas oyó un bramido/Una calandria en su nido, /revoloteando nerviosa: / ¡cómo pasan estas cosas!/-decía-rezongando a sus marido/que borracho y divertido, /por efecto mariposa, /cantó al amor y a las rosas/sus romances más sentidos.

Cuando parece que el frío/aprieta en la madrugada, /una diuca acurrucada/cantó desde muy adentro/un ruego como un lamento/de la tierra desolada.

“Mi tierra está malherida, /Por la tristeza enfermada”. /La desangran las miradas/de los días sin amor. /Y para colmo de peor/no se paga ni el sudor/de la gente arremangada.

Mi tierra tiene un dolor, /pero también esperanza/florece de alhelí, / ¿qué puedo hacer desde mí?/para que vuelva feliz/a girar en abundancia.

Florece de maitén, /florece de retama, /no dejen de florecer/que el tiempo con su poder/puede sanar hasta el alma”.

En el silencio común /-y el sol pintando los cerros-/las trutucas y el cultrún/del viento por los faldeos/sonaron a un loncomeo, /propio de una rogativa/para que la tierra viva/del trabajo y la amistad, /de la lluvia y los demás /que por amor se consiga.

## AL GALLO CON ESTE SAPO

Contrapu (N) teada

Un sapo de *pedigree*/y un gallo azul bataraz/se encontraron una vez/en la chacra de Lonác, /cerca donde el *para qué*/se junta con el *quizás*. /Algunos dicen que fue/de pura casualidad. /pero a lo mejor, tal vez, /los dos buscaban niñez/lindando con la amistá.

Una duda por igual/a los dos los perseguía/al punto que no dormían/tratando de averiguar, /¿quién puso huevos el día?/del diluvio universal.

Imaginaron el mar/sólo para comprender/cuestiones del *más allá*/y del *más aquí* también; /ya que según un refrán/de los tiempos del Edén/vienen los huevos del mal/mezclados con los del bien.

Así queriendo saber/las cosas tal para cual /acordaron componer/un tratado del poder, /inspirado en la moral/que mejorara la ley/teniendo en cuenta el o'key/de un mandato natural.

Volcaron sobre un papel, /debidamente foliado, /una lista de implicados/desde el bagre al pejerrey; /ballenas, lobos, zancudos; /y todo lo que se pudo/de víboras a granel.

Sumaron hasta tener/loros, abejas, caranchos;  
/ciervos, ovejas, chimangos; /choiques, monos y  
otros críos /que se dan al albedrío/siempre qué haya  
que comer.

Viendo que esta anotación/era de nunca  
acabar/dijeron casi a la par/y no con poco fastidio:  
/"por si faltan más anfibios/y algún otro bicherío/que  
no se ve y que camina, /pongamos con letra  
fina/Para arreglar este lío/que deberes y derechos,  
/salú, educación y techos/tendrán hasta las gallinas".

Para hacer la difusión/del documento y su  
avance/-a manera de balance-/y tal vez por  
intuición/vieron que era lo mejor/laburar como  
cantor/hasta que la cuerda alcance.

## EL GALLO

Amigos, soy y no soy /de los que cantan primero.  
/Canto saliendo el lucero/y también cayendo el sol,  
/celebrando esa labor/del tiempo como un obrero; /y  
sin mojarme el gargüero, /también le canto al amor.

## EL SAPO

¡Paja...rito volador!/no se largue así del cielo/que  
puede caerse al suelo/haciéndose chicharrón. /Pero  
si en esta ocasión/le sirve de algún consuelo/le diré  
que todo vuelo/arranca del corazón.

## EL GALLO

Se agradece la lección, /pero teniendo mis modos/de  
ver la parte y el todo/con otra disposición; /le juro y le  
va mi honor/que ni hundiéndome en el lodo, /nunca  
borro con el codo /ni un acento de mi son.

## EL SAPO

Apenas truena, y estoy/sintiendo ya sus baldazos; /  
¿será tal vez porque acaso/lo enerva cualquier  
mojón?/pero volviendo al reglón/-y sin salirme del  
paso-/le ofrezco todo mi lazo/por si aspira a nadador.

## EL GALLO

Quizás un poco el calor/le hace decir sus macanas.  
/más tampoco se haga el rana/aflojando el diapasón.  
/Vamos dando un apurón/al asunto y a su trama/y no  
se pierda en la ramas/tocando cualquier botón.

## EL SAPO

Abajase del avión/si quiere mirar el pozo; /que el  
cielo siendo precioso/Jamás tendrá ese color/que en  
la tierra da la flor/abierta por simple gozo. /De  
manera que su acoso/no me llega ni al talón.

## EL GALLO

No se me haga el remolón/perdiéndose entre los  
tallos; /que yo donde busco, hallo/algo que pueda  
encender/este anhelo de saber/qué gusto tiene el  
zapallo.

## EL SAPO

Parece que de acaballo, /le gusta pordelantear. /pero no vaya a pisar /la trampa con sus palitos. /Mire que a los huevos fritos/suelen echarle picante/y no hay animal que aguante/los sabores del delito.

## EL GALLO

No cambie de consonante/y mucho menos me diga/qué hay que echarle a la barriga, /sin verse atrás y adelante. /Que algunos comiendo migas/tienen sueños de elefantes.

## EL SAPO

¡Vaya manera elegante!/de hacerme tragar la púa/en el barro y la garúa/patino sin resbalar. /Y tampoco va a engancharme /-en medio de la mamúa-/haciendo de cacatúa/upitiando en un alambre.

## EL GALLO

No me tome de “pipío”/que se cuando ruge el león. /Y vayamos, por favor/al grano de la aceituna/impulsando con fortuna/cuestiones de algún tenor/dándole brillo y color /al tema y su compostura/y no perdamos la altura/que exige esta discusión.

## EL SAPO

No me apure, cantador, /si quiere llegar más lejos. /Mírese bien al espejo/y no pierda la ocasión/de

mirarse al corazón/y algo más de su pellejo/que algunos tiran los tejos/y arrugan como acordeón.

#### EL GALLO

Se ve que es bien sabedor/de su propia biografía. /Pero su carrocería/yendo de afuera hacia adentro/hace agua que da contento/y su sola compañía/no me da más garantía/que lo que da un sauro tuerto.

#### EL SAPO

Espere... que pare el viento/si quiere irse por las bardas. /Antes que las llamas ardan/y dejen solo un lamento, /le pido acortar los tientos/de su lengua viboroba, /no vaya a ser que la boba/venga a darle un escarmiento.

#### EL GALLO

No me endilgue en los chimentos, /que yo nunca me delato; /espero que en sus relato/quede claro el argumento/y con algún fundamento/diga cómo, quién y cuándo/se saca a pasear al gato.

#### EL SAPO

...! Con que cascabel!... y el pato,/todavía en la laguna.../Vaya observando la luna/y sin presente un embrujo/no descarte que algún brujo/puede embarrarle la cuna.

## EL GALLO

¡Vuélvase!, que ya me abruma/tanta cháchara barata. /Aflójese la corbata/y ponga sobre la mesa/lo que hasta ahora es promesa/de político con lata.

## EL SAPO

No es asuntos de pereza, /si no de buen templador/afinar el corazón/por si le falla la oreja/No me enturbie el manantial/con el barro de sus quejas; /y no cuente más ovejas /de las que hay en mi corral.

## EL GALLO

No me tome si le hace mal/ni haga mezcla de rarezas/pero si tanto le pesa/soportar una verdad/por mí, queda en libertad, /aunque falte la cereza.

## EL SAPO

Me alegro de la belleza /de algunas de sus canciones. /Pero aquí no se componen /las cosas con poesías; /y si ha sufrido algún día/el hambre con los demás, /por cada salto adelante, /dé medio salto hacia atrás.

## EL GALLO

¡Vaya con la novedad.../A papá, con avestruces!/antes que apaguen las luces/o nos bajen del cartel/puedo mostrarle el mantel/sin que nada me lo ensucie.

## EL SAPO

Pensaba que este panel/no era una cuestión de rima. /más, ya que se me viene encima, /sin importarle el caballo, /le digo que no me callo/aunque me quede sin prima.

## EL GALLO

No se fie de su esgrima, /ni de su verso barroco, /que el aserrín ni con moco/pega en la buena madera. /Y la verdad valedera/va del corazón al coco.

## EL SAPO

Conozco cuerdos que locos/se han vuelto en un solo día; /que sembraron alcornoco /y han cosechado sandia. /Pero usted no se me ría/que le está faltando poco/para que se le queme el foco; /y tal vez, por confusión/con sólo ver un melón/le agarre melancolía.

## EL GALLO

¡Que la boca se le enfría/y la lengua se le parta!, /si ya no muestra sus cartas/de nuestra convocación; /que ya el *audio* su atención/la está bajando de fuero, /viéndole a usted como a un tero/que grita fuera del charco, /y no redondea el marco/de este encuentro chacarero.

## EL SAPO

Viéndolo bien, su sombrero, /ya no le queda ni un ala/pero guárdese las balas/por si acosan los chimangos; /pise liviano en el fango, /si quiere comer verdura. /Mire que en la tierra dura /no cualquiera baila el tango.

## EL GALLO

¡Quién habla... parece chango!/mono liso presumido/de éstos que esconden su nido/pero si el perro se desata/Pero si el alma delata/cueste conmigo nomás; /que en cuestiones de amistad/yo nunca cuento la plata.

## EL SAPO

Por fin una luna grata, /entre tantas oscuridá/choque amigo, de verdá, /esta mi mano potable. /Que el silencio también hable; /y aquí, “ruempo” el tenedor/hasta que un tiempo mejor /nos cambie también el aire.

## ¿A QUÉ LA JUEGAS?

Las moscas juegan a mancharse; /Las hormigas, al aserradero. /Los conejos, a multiplicarse/ Y las ovejas ¿a qué?

Las gaviotas juegan a ser nubes/Los gusanos, a comer de abajo. /Los gorriones, a municipalarse; /Y las gallinas ¿a qué?

Los gatos juegan a celarse/Los sapos, a los saltos mortales. /Las abejas, a primaverarse. /Y las tortugas ¿a qué?

Los loros juegan a imitarse; /Los caballos, a salir primero. /Las golondrinas, a golondriarse. /Y el pejerrey ¿a qué?

Los chanchos juegan a ensuciarse; /Los mosquitos, a los avioncitos. /Los monos, a alfabetizarse. /Y los cabrones ¿a qué?

Las lagartijas juegan a esconderse/Los horneros, a la alfarería. /Las culebras, a desarrollarse. /Y las palomas ¿a qué?

Las ballenas juegan a ser buenas. /Los zorzales, a Carlitos Gardel. /La babosa, a pegar las cosas/ Y el bacalao ¿a qué?

Los elefantes juegan a agrandarse/Los chimangos, a la policía. /Los patos juegan a empatarse/Y los pavos no juegan.

## **CABALLO**

A veces es bueno sentirse caballo, /corriendo como el viento. /No dejarse agarrar porque sí. /Y jugar con los pájaros. Pisarlos imaginariamente. /Como si fuéramos caballos/con las orejas alertas como dos pájaros/escuchando una imaginación.

## VACA-VACA

Una vaca. Decir vaca, vaca, todos los días, /Levantarse pensando en una vaca. Sentir/fastidio de ser vaca. Pensar como la vaca/que rumia, que mua, que quiere seguir/siendo vaca. Soñar a toda costa/con la vaca. /Ahora bien: decirle vaca a la vaca/ ¿No es ser demasiado caballo?



## INDICE

### CUENTOS Y RELATOS

- El matamoscas /7
- El monstruo /11
- Pereirita /18
- Por qué los perros son verdes /21
- La regalada /23
- El perro que se tragó el cuento /25
- Gatos con luna /29
- Micro informe/nife /34
- Quequén: La culebra dinosaurica /39
- Después de la escuelita /54
- El colectivo /77
- El muerto vivo /80
- ¿Chacarero o chacrarero? /86
- El Yofo /88
- El intendente /90
- La revuelta /93
- Las cuarenta /98
- El trasplante /99
- Caminación /100
- El semiser /101
- El bichito del hambre /102
- El hormigón armado /106
- La vaquita pequinés /108
- El viento /109
- El acoso /110
- Retrospección /111
- ¡Miércoles! /112
- Cosmogonía gru-gra /113

Más alma que culpa /115

Antes que nada /117

Por nojar nomás /118

Miedos /121

Tanto mundo /122

Actoral /124

## **DIVERTIMENTOS**

La fiesta de la amistä /137

Al gallo con este sapo /142

¿A qué le juegas? /150

Caballo /152

Vaca-Vaca /153